

# La Ilustración Artística

HERMERO  
BIBLIOTECA MUNICIPAL  
MADRID

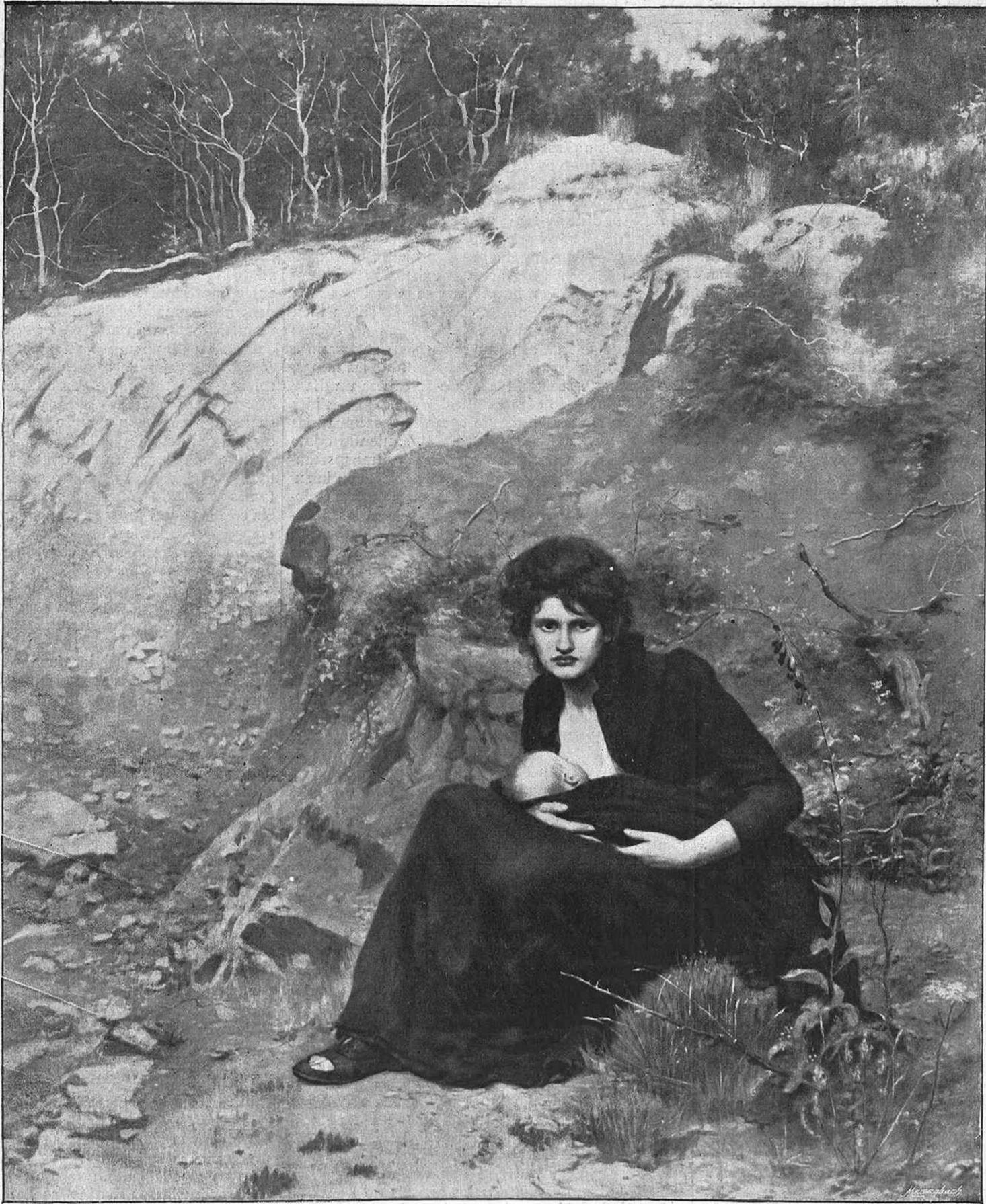


Año XIV

BARCELONA 6 DE MAYO DE 1895

Núm. 697

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PENOSA JORNADA,

copia del cuadro del pintor inglés Juan Collier

## SUMARIO

**Texto.** - *Verdades y mentiras*, por R. Balsa de la Vega. - *El busto*, por E. Corrales y Sánchez. - *Semblanza. Miguel de los Santos Alvarez*, por F. Moreno Godino. - *Crónica parisiense*, por Juan B. Enseñat. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *Cora*, por Julio Claretie. - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *La electricidad aplicada á la agricultura.* - *La electricidad en el Japón.* - *Biblioteca Universal de novelas contemporáneas.*

**Grabados.** - *Penosa jornada*, cuadro de Juan Collier. - *Decoraciones de «Las monjas de Sant Ayman.»* - *Miguel de los Santos Alvarez.* - Tres grabados que ilustran la *Crónica parisiense.* - *La tentación de San Jerónimo*, fragmento de un cuadro de H. Siemiradzki. - *La convaleciente*, cuadro de Leopoldo Romañach. - *Julio Claretie.* - Cinco grabados que ilustran el artículo *Cora.* - Figs. 1 y 2. El geomagnetífero. - *Eugenia Marlitt*, autora de la novela *La segunda esposa.*

## VERDADES Y MENTIRAS

Cosa difícil, más difícil cada día que transcurre, es orientarse en este caos espantoso de ideas, de aspiraciones, de deseos, de ansias, de sentimientos que agitan, conmoviéndola hasta en sus raíces, la sociedad actual. Nada más difícil que determinar hoy, siquiera sea vagamente, cuál será el rumbo que haya de seguir la razón, la fría razón analizadora que escruta, que deduce del hecho leyes invariables, fundamentales, que sirvan de jalones para fundamentar, realizándolas, las nuevas fórmulas para la vida social en todos sus órdenes. Nunca vaciló la razón con sacudidas tan distintas á impulso de tan diversas ideas, de tan inexplicables como misteriosas y encontradas fuerzas como al presente. Algo hay que late en el fondo de ese caos, que impulsa al espíritu humano á la destrucción del organismo social existente, que le impele con violentísimos empujes á la renovación de la vida en sus aspectos intelectual y material, que sostiene en constante tensión nuestro espíritu y nuestros nervios. Pero cuál sea aquella fórmula, aquella aspiración, aquel ideal concreto que sustituya á lo que se derrumba, eso es lo misterioso, lo que todavía no hemos alcanzado á vislumbrar, piensen y digan lo que quieran, así el neurótico Max Nordán, el frío Spéncer, los vehementes Bebel y «guedistas» franceses, los utópicos sublimes Tolstoy y Krapotkine.

Hace tiempo que vengo ocupándome en estas columnas de una reacción idealista en el campo del arte, y pronosticaba que esa reacción abarcaría todas las manifestaciones estéticas del sentimiento, viniendo á hacer presa en nuestros artistas y literatos. No era menester del don de la profecía para hacer las afirmaciones y deducir las consecuencias que hube de hacer. Véase venir á paso gigantesco la protesta contra la desoladora filosofía del materialismo científico; véase avanzar de nuevo de las regiones del septentrión sobre el Mediodía de Europa - cual en otros siglos á los bárbaros - el ejército de las ideas espiritualistas á combatir las ideas egoístas, las ideas de la mezquindad materialista, las ideas del refinado y cruel positivismo. Contra esta fiebre del goce material; contra esta crueldad de la ciencia, que pretende reducir todo fenómeno, sea del orden que sea, á simple ecuación algebraica; contra esta limitación del espacio á que pretenden reducir las ciencias físicas y naturales aquel en que vivió y debe vivir el espíritu, viene esa milicia de idealistas, de altruistas, que recabando para el desheredado lo que por el hecho de haber nacido le debe la sociedad, al propio tiempo se apresta á defender la libre y espontánea manifestación del sentimiento, rompiendo con los doctrinarismos de la escuela materialista, mucho más intranquistas que cuantos doctrinarismos han pesado sobre el espíritu humano en el transcurso de los tiempos.

He aquí la razón del número importante de obras místicas que han de figurar en la próxima Exposición nacional de Bellas Artes. He aquí por qué la literatura dramática, la novelesca, la poesía tienden ahora á buscar en el misticismo católico las fuentes de inspiración en que bebieron los poetas y literatos de otros días. He aquí por qué la confusión de ideas, lo incongruente de ciertos rumbos estéticos, lo antagónico de lo subjetivo, lo violento de la lucha, la diversidad de los modos de realización. He aquí por qué el caos y la dificultad para orientarse. De un lado, aquellas conquistas - porque sería puerilidad negarlas - que en favor de la verdad ha logrado la ciencia dentro del positivismo del análisis y de la crítica; de otro, las reivindicaciones del derecho á subsistir del proletario; de otro, el escepticismo general respecto de las fracasadas verdades de la especulación de la filosofía; de otro, la impotencia de las escuelas políticas para solucionar los grandes problemas económicos; de otro, la elevación del nivel intelectual que ha colocado á las clases ilustradas en el dintel mismo de la duda, cerrándoles el paso á la fe y no abriendo otro camino que les lleve á lugar de horizontes despejados; todo esto contribuye á la confusión reinante, á las ofuscaciones del pensamiento, á las aberraciones del sentimiento, á las intransigencias de escuelas ó de sistemas. En medio de esta lucha se advierte, una concentración de fuerzas en un punto dado. Esas fuerzas forman parte del ejército aquel de los idealistas que comenzó á lidiar en Rusia, en el Norte de Alemania, en las regiones donde las nieves brillan al sol de todo el año. Sin darse cuenta de ello, buen número de artistas de todos los países, ansiando despojarse de la armadura de acero en que pretende encerrarlos la dura, inflexible y estéril escuela que sujeta todo movimiento espiritual al determinismo que rige para lo inorgánico, se adelantan hacia las avanzadas del neo-idealismo místico. Mas, ofuscados por el espejismo de una libertad más aparente que real, van á dar de bruces en un campo estéril, que no es aquel en donde ha sentado sus tiendas el ejército idealista. Los artistas que acuden á la Exposición próxima han tomado por santos, por mártires y confesores del catolicismo los apóstoles y defensores de ideas que, si aportadas por Cristo al código de la moral universal, si por su valor ético pueden considerarse como emanaciones ó destellos de la Absoluta Sabiduría, pertenecen ya de hace bastantes años á esta parte al dominio del hombre.

Que la equivocación es lamentable no cabe duda. Buscar en cosas, hechos y personas de otros tiempos ideas que encajen en el marco de las aspiraciones de ahora, pareceme algo así como vestir la armadura mejor templada que pudiera llevar el gran duque de Alba, y con ella pretender defenderse de las balas de un fusil Maüser. Tanto valdría vestir un traje de papel. Exactamente lo mismo acontece con oponer á las ansias espirituales - que son muy grandes - del hombre moderno los éxtasis del místico de Asís ó de la de Avila, las escenas de sangre de los días de Valerio y Diocleciano ó las ejemplaridades de Agustín ó de la Egipciaca. No son las luchas de nuestros días luchas por afirmar principios religiosos; muy al contrario, son por que esos principios, en cuanto tienen de compatibles con la existencia del hombre, con su vida, con la misión que le está confiada aquí en la tierra, se interpreten y apliquen en toda su pureza. Frente al mártir y al confesor del código sublime de Cristo, está hoy el minero enterrado á profundidades espantosas en el fondo de las minas, con la muerte suspendida sobre su cabeza un día y otro día, sintiendo cómo silba el *gristú* bajo sus pies ó sobre su cabeza, sintiendo cómo se desploman las tierras de las galerías subterráneas, sintiendo cómo crujen las maromas del ascensor que, transportándolo de las entrañas de la tierra, lo deposita en la superficie de ésta, donde la luz del día le causa dolorosa sensación. Frente á los Franciscos, á los Jacopone, á las Isabeles, á los Vicente de Paúl están esos hombres que, como Pestalozzi, como Keplero, como Jovellanos, como tantos otros, han luchado y luchan por que la humanidad, alcanzando entero conocimiento de sus deberes y de sus derechos, marche en busca de la perfección posible dentro de la justicia y de la equidad mayor; por que la humanidad, conociendo cuál es su misión, ponga en juego todas las fuerzas espirituales de que Dios la dotó, con el doble objeto de atender á su existencia y al conocimiento más aproximado de la Divinidad, estudiándola en sus obras. Sería pequeñísimo el espacio de un artículo para apuntar en él los ideales que, en lucha hoy, son motivos de inspiración de belleza moral y plástica, y en donde el artista puede encontrar páginas sublimes que ofrecer como sedantes á los dolores de nuestro conturbado espíritu. Las necesidades espirituales varían en intensidad, en calidad y en motivo, según las potencias alcanzan mayor grado de cultura, mayor grado de delicadeza, mayor grado de sensibilidad, mayor grado de fuerza en su aspiración constante por acercarse á la verdad absoluta. Y si es cierto que las sociedades avanzan en el camino que lleva á la perfección, no puede desconocerse que las ideas y los sentimientos de aquellas emanadas ayer, por razón de haberse producido en distinto medio ambiente del actual no tienen el valor activo necesario para ayudar á resolver los problemas hoy planteados, ni tampoco para deshacer esta dolorosa incertidumbre en que se agita nuestra alma. Desde este punto de vista la reacción místico-cristiana, en el sentido dogmático en que la han tomado pintores, escultores, literatos y poetas, es un salto atávico que lleva al arte á su anulación, puesto que las bellezas que produzca serán reflejos de las producidas cuando debían ser.

Pero si han equivocado el concepto del nuevo misticismo todos ó casi todos los artistas de hoy, también es indudable que han equivocado el camino de la verdad y de la belleza aquellos otros que pretenden producir obras de arte impercederas, tomando como medio y fin la fiel y exclusiva interpretación de la belleza material. Y esta equivocación, tanto más lamentable cuanto que la tiene por cosa cierta buen

número de los que al cultivo de las Bellas Artes se dedican, ha traído, especialmente á la pintura y á la escultura española, á términos de deplorable esterilidad. No hace todavía una semana, visitando yo el estudio de un pintor de indiscutible mérito, se suscitó la eterna cuestión de la finalidad del arte. Defendía el pintor á quien aludo la necesidad de que se preocupen los artistas de realizar la belleza tal y como ésta se les ofrece en el natural, sin andarse en disquisiciones de ideas ni filosofías de ninguna especie. Objetele que con eso solamente no se iba á ninguna parte, y me contestó ofreciéndome como argumento capital la obra de Velázquez. En vano quise hacerle comprender que está equivocado en el concepto que de Velázquez tiene la mayoría de sus admiradores - y yo me encuentro entre ellos. - Todos mis argumentos fueron vanos; en sus *trece*, como diría Clarín, mi contrincante no quiso comprender que el autor de las *Meninas* tiene un mérito superior al de su dominio de la parte técnica de la pintura, el cual mérito consiste en haberse adelantado á su tiempo en el estudio de lo que le rodeaba, dejando aparte aquello que él no había visto ni jamás sentido. Pues bien: así como el aludido pintor, rindiendo parias al color, á la luz y á la forma, hace prodigios que al fin y al cabo se olvidan, así también los otros pintores, echándose á buscar gentes, cosas y sucesos que no han visto y que no sienten, pintan cuadros que van asimismo al rincón del olvido á hacer compañía á los de su colega el velazquista.

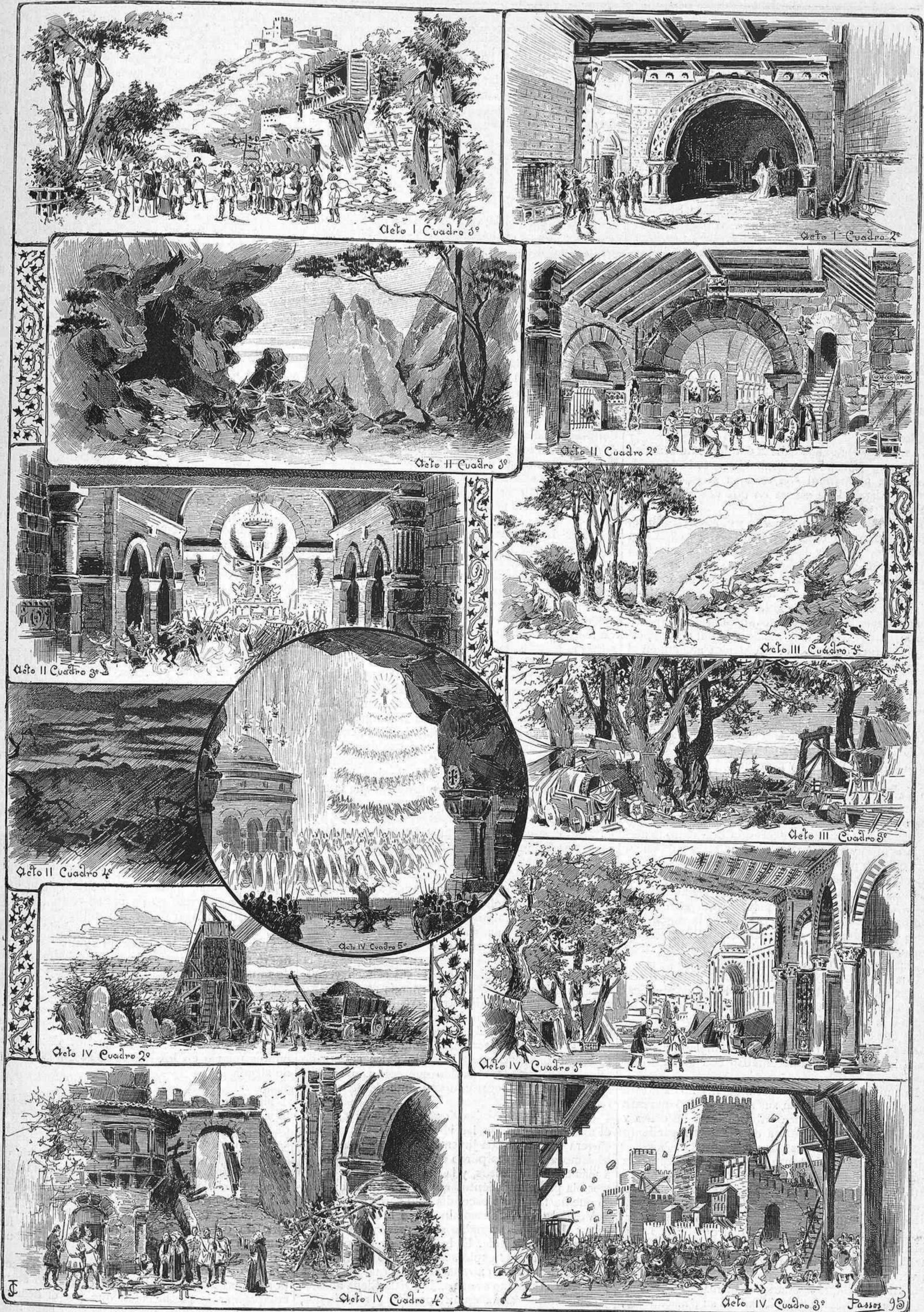
Mas si quedasen reducidas á estas dos escuelas y á las consiguientes luchas de ambas las confusiones de que vengo hablando, fácilmente podría orientarse cualquiera para determinar el rumbo del arte de hoy; pero debe agregarse que además de lo caótico de los ideales místico, socialista, histórico, alegórico, bucólico, etc., todavía andamos á la greña en lo que respecta á la parte técnica, no tan sólo por lo que se refiere al concepto estético de la forma, sino por lo que atañe al procedimiento. Todavía se discute si la escuela impresionista tiene por objeto reproducir rápidamente la tonalidad de una coloración momentánea, de una silueta, de un rayo de sol, etc., sin pararse á determinar de un modo preciso los contornos: si la escuela - á cualquier cosa llaman escuela - de los puntillistas es la que dice verdad; si la escuela de los *modernistas* (?) con sus grises y sus siluetas opacas y su luz tamizada, aun cuando sea de aire libre, es la escuela del porvenir; si la de los *decadentistas*...

Yo, ¡Dios me perdone!, confieso ingenuamente que todas esas diferencias, todas esas discusiones son síntomas de una esterilidad enorme en cuanto á la potencia creadora, y al propio tiempo acusan una decadencia grande de las facultades fisiológicas precisas para *ver* bien é interpretar lo visto. Hasta ahora las tres cuartas partes de los cuadros y esculturas que he podido mirar rápidamente en el palacio de la Exposición me parecen influidos por la preocupación de la *hechura* con arreglo á las premisas de determinadas maneras. Los mejores lienzos - de los que conozco, pues pudiera muy bien suceder que los hubiese de mayor mérito - no son más que sinfonías de colores. Los asuntos no son más que pretextos para lucir las gallardías de un pincel colorista. Ni una idea, ni un pensamiento nuevo que haga sentir, que la memoria retenga durante algún tiempo. A más de un pintor he tenido que darle un título para su cuadro, pues no sabía cómo llenar el hueco del boletín de admisión. He aprendido que sin lastre no navega bien ningún barco, y yo creo que el lastre del artista son las ideas, y éstas no se producen por generación espontánea.

Por lo demás, «en todos tiempos - dice Pí y Margall - nuestra lucha con el mundo engendró símbolos que sin cesar reprodujeron la poesía y el arte... Esta sola lucha, lucha inacabable y cada vez más vigorosa, hoy señalada por gloriosos triunfos y mañana por aterradoras catástrofes, es manantial perenne de arte y de poesía... Lo será también el lazo de amor que ha de ir estrechando á la humanidad y al hombre: al hombre que engendra todos los progresos, á la humanidad que los concibe y los fecunda. Será con el tiempo la humanidad el más acabado tipo de belleza, así para la poesía como para el arte. El arte y lo poesía han sido siempre la expresión del sentimiento... Pasó por fortuna la época mística de nuestras artes... Cerrado el cielo, vivirán de nuestra vida el pintor y el poeta y hallarán fuentes de inspiración que nunca conocieron.»

Estas conclusiones, que si no estoy conforme con alguna de ellas, en cambio las demás responden maravillosamente á mi sentir, tienen para mí el valor de voces proféticas. Yo quisiera que cuantos artistas estas líneas lean grabasen en su memoria estas frases: «Hoy rinden (pintores y poetas) preferente culto á la forma, lo rendirán mañana á la idea.»

R. Balsa de la Vega



Decoraciones de la leyenda dramática de D. Angel Guimerá «Las monjas de Sant Ayman,» pintadas por los Sres. Moragas, Vilumara y Soler y Rovirosa.  
 Composición y dibujo de Passos. (Véase la descripción de los grabados.)

## EL BUSTO

Fué el busto de D. Gonzalo de Ataíde la obra excelsa que reveló el genio escultórico de Javier Lozano, en quien ven los inteligentes revivir el clásico gusto de la escuela griega, hermanada con el estudio del natural, necesario á las modernas aficiones. Merecedora del aplauso público y galardonada por el jurado con el ansiado premio, sirvió la obra á su joven autor de punto de partida para el vuelo de su fama, que hoy como nunca le alcanza honores y fortuna que vienen de consuno á buscarle en la amplitud llena de riquezas de su taller de artista. Si trabajos posteriores han hecho olvidar á las gentes la primer explosión de su genio, consérvala su creador afición especial por unirse á ella el recuerdo agríndice de su secreta historia, con que á las veces distrae el renombrado artista la tarea fértil de su asiduidad, atrayéndola ante sí palpitante y rica, merced á un esfuerzo de la memoria desde los repliegues de su cerebro, en que yacen confusas y revueltas las cosas que pasaron.

Era hace quince años y aún recuerda Javier Lozano el mal comprimido gozo con que, pobre y deslucido, confundido entre la turba de curiosos que á la exposición concurría, oía trémulo de emoción los elogios tributados al ignorado autor del hoy encomiado busto.

Ciertamente, aquella cabeza del opulento senador D. Gonzalo de Ataíde tan conocida de todo Madrid, trasladada al mármol con toda su artística expresión, era digna de la estima en que desde luego fué tenida.

El mármol palpitaba vibrante y el rostro de Baco, característico del egregio prócer con su expresión fisonómica, jovial y franca, amortiguada un tanto por la eterna serenidad de sus ojos sin luz, era exacta copia de un semblante que revelaba el predominio de la vida física en el ser á quien aquella carátula animada pertenecía. El orgullo manso y apacible, el fácil y suave engreimiento de D. Gonzalo, debido á la constante posesión de los bienes del mundo, esculpidos quedaron allí por prodigiosa manera en el rostro cincuentón que se unía á la calva por el enlace de una frente á través de la cual parecían traslucirse las cifras y combinaciones firmes y meditadas del banquero, cuyas maniobras en los mares procelosos de la Bolsa no le lanzaban al abordaje de la fortuna, sino que le hacían semejante á la imperturbable serenidad con que una nave poderosa echa el ancla en puerto seguro y conocido.

Despacio y con gran detenimiento había observado Javier Lozano los rasgos típicos de aquel semblante en las sesiones que durante la formación del busto celebró en casa del capitalista, y habíale siempre chocado la singular expresión que tanto le asemejaba al dios de los pámpanos y de la viña en su más elevada personificación y tal como le comprendió el genio plástico de los griegos. Esta semejanza, que remontaba la mente del artista á los tiempos lejanos del paganismo, adquiría mayor precisión al compararla con la juvenil cabeza de la esposa del banquero, retoño de aristocrática familia y fiel trasunto, á lo que el pobre escultor imaginaba, por su virginal aspecto, de la divina Vesta.

Cuando arrobado contemplaba á la última, sentía secreta alegría por haberla desde luego personificado, allá, en lo íntimo de su pensamiento, con ser tan ajeno á la maternidad, pareciéndole alejar con esto ideas que al observar el franco sentimiento de candoroso cariño con que Elena contemplaba á su esposo, le punzaban y atormentaban con grosero desasosiego.

Era mucha la juventud del artista, y no extrañará que se hubiera forjado en sus adentros algo que para tranquilidad de su alma daba carácter de cética y paternal unión á lo que era en puridad casamiento por conveniencia y feliz por excepción.

El casi aún adolescente escultor no comprendía — quizá porque inconscientemente se daba armas para adquirir gustosos convencimientos — que una joven candorosa y pura hallase su felicidad en el matrimonio con un hombre que, aunque de desproporcionada edad, había echado el cierre definitivo á su vida de aventuras y devaneos, de la cual había salido incólume el vigor de su fuerte naturaleza. Esta era la verdad por más que se ocultase á los ojos del artista tras no sé qué figuraciones etéreas y sutiles con las cuales entretenía la soledad de su pensamiento, puesto siempre en la gallarda figura de la diosa griega.

Resultado de su oculta admiración, que le atraía á casa del banquero, y del prestigio que ante los ojos

de éste adquiriera en la valía de su obra, fué el trato continuo y casi de familia que entabló con D. Gonzalo y Elena y que le logró la dicha de ver á ésta con frecuencia inusitada. De natural complaciente, desvivíase más por agradar á la que ya se atrevía á confesarse á solas que adoraba; mas nunca tuvo ocasión de halagarla con el menor obsequio, porque nunca ella manifestó deseo alguno en que él pudiera complacerla.

Menudeaban las instancias, hasta que Elena por fin fijó cierto día algo que de Javier esperaba y que éste se apresuró, deseoso de complacerla, á otorgar, aun antes de que le dijera la materia del favor que se le pedía.

Consistía éste en la satisfacción de un pueril capricho en que se traslucían, para pena del escultor, afectos de enamorada para con el esposo: sentimiento que con ser tan natural y justo, y quizá por tal, causó á aquél amargor de alma con visos veheméntísimos de despecho.

Allá, al otro lado de la frontera, en los alrededores de Biarritz, poseía Ataíde una hermosa quinta en donde pasaba el matrimonio los meses del estío. Generalmente partía primero Elena y más tarde se reunía con ella D. Gonzalo, cuando las tareas bursátiles le permitían un breve descanso en que dar al traste sus complicados negocios. Elena, admiradora ferviente del magnífico busto que desde un ángulo del más suntuoso salón de su casa presenciaba frío é imperturbable cuanto pasaba, sentía verse privada del gusto de mirarle durante su excursión veraniega; y como no era cosa de traer y llevar tan pesada masa, ideó satisfacer su deseo, pidiendo al escultor la reproducción en pequeño tamaño de su laureada obra.

Javier Lozano se apresuró á complacerla; mas no pudo menos de lamentar los extraños senderos por donde se encaminaba aquel gusto de servirla en algo que por tanto tiempo había acariciado.

La contemplación continua del busto grande, necesaria para formar el pequeño, llegó á hacerle aborrecibles las facciones del que abiertamente declaraba rival suyo. Sin querer, sus manos, obedeciendo á secretos móviles, tendían á dar carácter caricaturesco al rostro del dios Baco, y por más que puso coto á sus arranques, salió sin embargo la reproducción en medio de su exactitud con expresión más avejentada y con aspecto de Sileno, diluídos en las líneas de la inteligente faz. Resultó, sin embargo, la obra, como no podía menos, acabada y perfecta, constituyendo una maravilla artística, una exquisita preciosidad...

¡Monísima!, como dijo Elena llevándola á sus labios con infantil candor la vez primera que la tuvo entre sus manos.

Empaquetado con los demás enseres de viaje, hizo el busto el suyo á Biarritz, para ostentarse en el gabinete preferido de la dama á la admiración de todas sus amigas.

Nada tenía de extraño que cuando aún permanecía Ataíde en la capital marchase el escultor, huyendo los ardores de Madrid, á visitar las frescas playas del Cantábrico, y natural era que, una vez en Biarritz, visitase asiduamente á su hermosa amiga. Comenzaba la época de su fama, que fué comenzar la de su fortuna, y al verse libre de sus estrecheces rebosaba satisfacción y atesoraba energía para lanzarse con aliento ante el brillante porvenir que se le presentaba. ¡Fué la expansión osada que en todas sus cosas ponía al sentir el terreno firme bajo sus plantas y al comenzar á tener sin asomos de vanidad la fe sólida de su talento? ¡Fué, sin darse cuenta de ello, la ausencia del marido que sólo con su presencia llenaba el hogar con ambiente de dicha y de respeto?

Quién sabe: quizá las dos cosas reunidas, quizá el avance natural de las ideas en quien andaba la carrera de la hermosa juventud... Ello es que el platonismo vago é incorpóreo que le poseía, dejó lugar á más tangibles deseos, y la timidez encogida se vió trocada por atrevimientos que revelaron al exterior lo que hacía tiempo escondía sólo para sí.

Verdad que para asombro suyo la fortaleza que juzgara casi inexpugnable se le presentaba llana y fácil en la acometida. El baluceo de sus primeras frases y prudentes exploraciones halló en lugar de hostilidad rápida y extraña acogida que incitaba á proseguir el camino comenzado. Oíale Elena absorta y como ensimismada en sus propios pensamientos, no mostrándose ofendida, y salía de pronto de su abstracción con nerviosa algarabía, sonriéndole agradable y proponiéndole toda clase de expediciones como ansiosa de placer y de alegría. La serenidad tranquila de su vida en otros años se cambiaba éste

por bullicioso y turbulento regocijo, con asombro de la veraniega colonia.

La clave de tan singular conducta estaban muy lejos de poseerla sus amigos de Madrid, y mucho menos Javier Lozano. Enamorada Elena de su esposo, sentía en su corazón la mordedura profunda de los celos. Cierta dama solterona, defraudada un tiempo en sus ilusiones de himeneo con D. Gonzalo de Ataíde y ansiosa de venganza, atizóla la llama del desafecto, inventando historias que hacía buenas la prolongada ausencia del banquero. Con su astuta mirada de célibe envidiosa se había puesto la dama al tanto de la situación, sirviendo de encubierta mediadora á los propósitos del escultor.

Tramada la intriga, sirvióle de último recurso el día que Elena recibió carta de D. Gonzalo diciéndole que no le escribiera á Madrid, por estar próximo á efectuar un viaje, el asegurar á la joven que su esposo marchaba á Andalucía tras cierta célebre funámbula, asombro de los madrileños por su extraordinaria belleza. Irritada Elena que durante los escarceos de su amiga había prestado oídos, movida por el despecho, á las insinuaciones del artista, citóle dos días después, cuando éste dió ante ella rienda suelta á su pasión en el jardín de la quinta y ante las ventanas de sus habitaciones, á las cuales llegó á significarle no ser difícil el acceso.

Durante las horas de la noche que precedieron á las de la cita, la joven, desasosegada é inquieta, vacilaba ante la inmensa magnitud del momento que se aproximaba, agitada por mil diversos sentimientos. Rondaba ya frente á sus ventanas el escultor, poseído por la viva excitación de quien se ve próximo á realizar deseos largamente ansiados, y todavía Elena, indecisa y trémula por la emoción, yacía en un confidente de su gabinete repasando la triste historia de sus agravios. El pequeño timbre de un diminuto reloj llevó á sus oídos con su precipitado retintín la voz aguda con que el mecanismo le advertía que había llegado la hora convenida. Alzóse nerviosamente de su asiento, y su mirada se fijó en el busto de su esposo.

¡Qué lejos estaba de parecerle monísimo en aquel instante!

La tranquila faz del envejecido Baco parecía agrandarse ante sus ojos, y decirla con su plácida y burlesca expresión y los labios entreabiertos al albor de una sonrisa:

— ¡No te atreverás!

Elena aceptó el mudo reto que se la dirigía, decidida á llamar ante su presencia á Lozano; pero quiso apartar de sí el odioso rostro que la insultaba, y cogiendo el busto con su breve mano lo lanzó con vehemencia por la ventana.

Un grito de dolor resonó en el jardín.

El enamorado escultor, que aguardaba impaciente la cita y que se había estremecido de gozo al ver asomar á su adorada, había recibido el mármol en mitad de la cabeza.

La índole de la agresión no dejaba lugar á dudas, y Javier Lozano, tratando de contener con un pañuelo la sangre que corría por su rostro, se alejó al trote largo del lugar de su desventura.

Atónita Elena no se daba cuenta de lo que pasaba, cuando oyó en la quinta un rumor que le causó nuevo sobresalto. Poco después D. Gonzalo de Ataíde penetraba en sus habitaciones. El viaje ideado era á Biarritz, donde pensaba sorprender gratamente á su consorte: detenido en Bayona por sus asuntos, sólo á aquellas horas había conseguido realizar su sorpresa.

Cuando Elena conoció aquellos detalles, sólo pudo arrojarse en los brazos de su esposo, llorando de alegría.

Han pasado quince años. D. Gonzalo tiene sesenta y cinco, y Elena..., no cometeré la indiscreción de decirlo, seguro de que nadie habrá de adivinarlo al verla en la plenitud de su belleza.

Cuando Javier Lozano recuerda la historia de su famoso busto, distrae con lo dulce de sus ilusiones lo agrio del desenlace que para él tuvo. Ignorante del azar que motivó la que él califica fortísima lección, sonrío escépticamente al contemplar la viril fortaleza del viejo Ataíde, que se mantiene fuerte como un roble, y Dios sabe á qué causas atribuye la feroz travesura de la dama.

Elena conserva cuidadosamente el busto recogido por ella misma del jardín, y su esposo no acierta á compaginar la predilección que por él demuestra, cuando por un fútil pretexto le hizo hace muchos años romper sus relaciones de amistad con el notabilísimo escultor D. Javier Lozano.

ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ



## SEMBLANZA

Como poeta, como escritor y como diplomático, Miguel de los Santos Álvarez no ha sido juzgado como sus eximias cualidades merecían. Pocos conocen sus versos rebosando en ternura y profundidad; contados son los que han leído su prosa, castiza, sencilla y no obstante tejida con primoroso estilo, y casi nadie ha parado mientes en que su breve gestión diplomática en la República Mexicana, que valióle su destitución, fué el germen de la benevolencia que España merece en la actualidad á aquel país, del que la separaban tradicionales disentimientos.

«Miguel de los Santos Álvarez — se ha dicho — nunca presentó gran saliente. De joven sintió las emociones peculiares á toda organización poderosa, tuvo amores violentos y desgraciados, efervescencias políticas y sociales; pero desde la edad de la razón madura su existencia hase deslizado sosegada, en un limbo agradable para él y simpático para cuantos cultivaban su trato.» Este extremo de la simpatía es verdad. Cuanto más extensa es una asociación, mayor choque hay en ella de ideas y apreciaciones y por consecuencia más discrepancias en avalorar hechos ó cualidades; y no obstante, en el casino de Madrid, del que Miguel de los Santos Álvarez fué uno de los socios fundadores, había sólo una opinión unánime en lo referente á su personalidad.

«¡Oh! Miguel, Miguel es uno de los hombres más buenos, más simpáticos y más felices.»

Cuando alguno le reprochaba su perpetuo celibato y Miguel contestaba con su amable sonrisa «pero si nunca he podido tener reloj, ¿cómo he de pensar en tener hijos?», creíase que era una de sus paradojas; pues nadie podía comprender que un escritor notable, que había ocupado puestos tan elevados, se hallara reducido á tal extremo.

Y sin embargo, decía la verdad.

La existencia y el carácter de Miguel de los Santos Álvarez asemejábanse á un mansísimo río que nunca se desborda: y no obstante, aquella corriente tan apacible en apariencia se nutría de lágrimas y en su fondo hervía una tempestad casi continua. Los que le trataban con alguna intimidad sabían que su pobreza era verdadera; pero no conociéndole ningún vicio ó pasión, no sabían á qué atribuirlo.

Ignoraban que Miguel tenía la más grande y generosa de las pasiones: la pasión del pródigo de la Parábola, de San José de Calasanz, de Ernestina de Villena: la caridad. Caridad que jamás se exhibía, que no aspiraba á los aplausos de la tierra, ni, que yo sepa, á las recompensas del cielo. La existencia de Miguel fué un perenne sacrificio; su pasión ha sido mucho más larga, aunque no tan dolorosa como la de Jesucristo. Miguel con dar poco, pues poco tenía, ha dado más que todas las personas caritativas, y no se vió reducido á extrema pobreza porque él mismo vivía de la caridad. Miguel, como todo el que tiene una pasión, no gozaba en ella, sino que sufría; pues jamás ha existido una organización tan antagónica á las miserias humanas. Indolente y sibarita, su impetuosa imaginación sólo pensaba en los exquisitos goces de la inteligencia y de los sentidos; á haber sido como el vulgo de las gentes, Miguel hubiera vivido en una abstracción oriental. Buscaba con ansia lo grande y lo bello, y por una especie de fatalismo que provenía de su pasión, tenía que rozarse con lo pequeño y deforme.

Y este hombre que rebosaba en sentimiento y desesperación, por un esfuerzo inaudito de voluntad reconcentraba en sí propio sus dolores y se presentaba en sociedad plácidamente.

He aquí un día del *tormento de Miguel*, según de-

cíamos sus íntimos: Como era constante trasnochador se levantaba tarde, á menos que algún deber social se lo impidiera, pues no ha habido hombre más fiel cumplidor de sus deberes; así es que los altos cargos que ha ejercido han sido sacrificios impuestos á su conciencia por su familia y por los pobres, de quienes se veía acosado. Miguel, ocupándose de las cosas serias de la vida, era como una mariposa en una colmena. Se levantaba tarde, pues, cuando le era posible; hacía dos ó tres flexiones gimnásticas, á las que, según él, debía su inquebrantable salud, envolviéndose en su bata ó en traje de franela encarnada; se liaba al cuello una bufanda, se calzaba, excepto en la época de riguroso calor, zapatillas de orillo, y así, según frase suya, *esperaba los acontecimientos*. Por lo regular su almuerzo se reducía á un par de huevos fritos, pues no era sensible á los placeres gastronómicos, pero sí al lujo de las mesas faustuosas, resplandecientes de luz, cubiertas de flores y de los esplendores de la vajilla. Miguel, por tanto, nunca comía en su casa; en ella no podía haber los refinamientos decorativos de las de los palacios de la embajada inglesa, ó de Fernán Núñez ó Medinaceli. Después de tan frugal almuerzo empezaba el verdadero recreo de Miguel. Se reclinaba en un sofá, aproximábase el velador sobre el que Espronceda escribió *El Estudiante de Salamanca*, y se embebecía en la lectura de un poeta ó autor predilecto. «¡Más valía que leyese menos y escribieras más!», solía decirle algún amigo que le sorprendía leyendo, y entonces Miguel replicaba con su dulce acento: «Es más trabajoso escribir que leer lo que otros han escrito, y yo no estoy seguro de producir tan grata emoción intelectual como éstos.» Pero á veces el amigo iba á pedirle dinero, contándole cuitas que hacían descender á Miguel de las altas regiones á que habíale elevado su lectura; y si su peculio estaba exhausto, como solía suceder, se exasperaba *su tormento*. Le estremecía el ruido de la campanilla cuando la oía desde su cuarto, puesto que siempre esperaba visitas semejantes, pero aguantaba valientemente en la brecha hasta que en sus últimos años se declaró vencido, dando orden de que le negaran á todo el mundo, excepto á los que pronunciaban esta frase: *Para mí sí*.

Los primeros días de mes la casa de Miguel era un jubileo: los *gorriones* acudían al olor del grano, esto es, á la paga ó cesantía de consejero de Estado. Tenía aquél asignadas pensiones, como los poderosos de la tierra, y distribuía la paga en cantidades que envolvía en papeles, según y como ha averiguado un periódico, no sé por qué medio, pues aun los íntimos de Miguel ignorábamos esta particularidad. Sabíamos que daba mucho, que lo daba todo; pero ignorábamos á quién.

Respecto á este particular, Miguel era un esfinge.

Había días en que Miguel no tenía que dar ó había dado lo que tenía, y llegaba un nuevo postulante. Oía aquél el conflicto, procurando calmar la tensión de sus nervios; pero cuando se quedaba solo prorrumplía en monólogos que hubieran sido donosos á no ser tremendos de excitación. Como el padre Sechi, que ciego de pasión astronómica, exclamaba á veces: «¡Alas, alas, para volar siquiera á la luna!», del mismo modo gritaba Miguel: «¡Oh! ¿Por qué el diablo no se roza ya con nosotros? ¡Le vendería mi alma por cien mil duros de renta!» ¡Pobre Miguel! Bien poco pedía: siendo rey hubiérase hallado igualmente pobre, teniendo que vender cetro y corona.

Los pobres habían buscado á Miguel las junturas de la coraza y por ella le asestaban los dardos de su miseria: él sufría crisis de impotencia; y lo extraño es que un hombre combatido por tales tempestades de espíritu haya podido llegar á tan avanzada edad.

Porque por una compensación justa y providencial ha vivido siempre sin enfermedades, no siendo de compleción robusta y teniendo en su familia la tisis como afección originaria. Ultimamente, á consecuencia de un enfriamiento de la vejiga, vióse precisado á tomar aguas de Mondáriz; pero ni antes ni después no hay memoria de haberle oído quejarse.

Además de la caridad no satisfecha, Miguel sufría diariamente otro *tormento*, aunque no tan doloroso: el asearse y vestirse eran para él trabajo ímprobo, pero indispensable. «¿Por qué no he nacido perro?» exclamaba á veces, mientras hacía refinadamente su limpieza. Durante muchos años usó solo un traje siempre idéntico: frac, chaleco y pantalón negros, debajo de un amplio gabán ó de capa de mucho abrigo. A veces este traje de etiqueta estaba algo raído y con las costuras un tanto blancas. Solía suceder también que su calzado no era tan bueno ni estaba en tan buen uso como lo que requerían las alfombras que pisaba; pero esto, que hubiera sido un inconveniente entre la reparona clase media, pasaba sin notarse en las altas esferas que frecuentaba Miguel. Éste en sus postreros años se fué retrayendo de la sociedad, refugiándose en el hospitario calor del casino de Madrid, donde leía periódicos y después tomaba chocolate al lado de una chimenea.

Porque Miguel de los Santos Álvarez fué uno de los hombres más frioleros que han existido bajo la capa del cielo, y usaba la suya desde que soplaban las primeras frescas brisas otoñales hasta después del *cuarenta de mayo*. Envuelto en ella, alto el cuello, y embozado hasta los ojos, Miguel salía del casino todos los días entre tres y cuatro de la madrugada, y se dirigía á su casa, vacilando de frío y pensando en los *tormentos* que le esperaban al día siguiente. Ha sido quizá el hombre que ha tenido más amigos, entre los que pueden contarse las personalidades más salientes de una larga época: Prim le sentaba sobre sus rodillas y González Bravo hacía morar en su casa casi por fuerza. Las hijas del famoso orador y político, niñas entonces, se embebecían oyéndole improvisar cuentos en verso. Porque Miguel ha sido quizá el primer improvisador. La temporada que vivió en Carabanchel en compañía de González Bravo, fué de las pocas tranquilas que tuvo: allí no le acosaban los pobres; pero él en cambio, impulsado por su generosa pasión, venía á buscarlos á Madrid, no bien tenía algo que dar. ¿Cómo no ser amigo de Miguel, si además de traslucirse la exquisita bondad de su corazón, tenía un trato social inapreciable? Cuando rodeado de mujeres elegantes y discretas, como lo son muchas en la alta clase, y de hombres distinguidos é inteligentes, *oliendo bien*, según él decía, sólo oyendo hablar de cosas agradables, y haciendo abstracción de las penalidades ajenas que constantemente le afligían, Miguel esparcía su ánimo: brotaban de sus labios raudales de chistes llenos de salática, de chispeante colorido y de delicada finura, que no molestaban á nadie y que embelesaban igualmente á los niños y á las personas más conspicuas y serias. Era imposible contender con él: siempre vencía por la gracia persuasiva de su palabra.

Miguel, pues, tuvo muchos amigos, pero su predilecto fué Espronceda. Mediaba entre ambos tal hermandad de espíritu, que creíase los dos una sola persona. Por ejemplo, en una ocasión dijo Espronceda á Miguel: «Me ha convidado á comer Nicomedes Pastor Díaz, pero no puedo ir porque tengo cita con Fulana: vé tú;» Miguel fué, aunque no trataba á aquél, y desde entonces tuvo un amigo más. Cuando murió Espronceda, hallábase Miguel de secretario de embajada en Río Janeiro, y al regresar á Madrid sufrió una crisis de tristeza de la que se libró á duras penas.

Hombre como Miguel, de figura agradable y distinguida y de notable inteligencia, debió tener y tuvo mucho partido con las mujeres; mas con ninguna se relacionó amorosamente, según él mismo ha dicho:

«Un corazón valiente y generoso,  
Sólo á amores de muerte da cabida.»

Y hasta la suya, él conservó indeleble el recuerdo de un desgraciado amor de la juventud. Hablaba poco y nunca seriamente de religión, pero citaba con frecuencia á Jesucristo. «Jesucristo — decía para disculparse de su celibato — nunca fué casado, y no por esto dejó de ser el hombre más perfecto, prescindiendo de su divinidad.» Cuando le reprochaban su timidez para escribir, contestaba: «Sigo el ejemplo de Jesucristo, que nunca hizo más que hablar, comer á la mesa de los amigos y dejarse lavar los pies por la Magdalena.» No sabemos si su superficialidad religiosa era verdadera. Una anécdota suya prueba que, por lo menos, respetaba las creencias de los demás: siendo muy joven, y en no sé qué época de restricción política, Miguel pertenecía á una asociación revolucionaria: los individuos y simpatizadores de la junta se pronunciaron en sentido republicano en los alrededores de Tarrasa; pero columnas de ejército dispersaron la partida. Miguel, disfrazado de cura, llegó en una tartana á Barcelona, y desde esta ciudad se encaminó á Gerona, á fin de ganar la frontera francesa. Pero el alcalde de Gerona estaba ya advertido, y bien porque le pareciera sospechoso ó porque fuese verdad el pretexto alegado, rogó á Miguel que supliese á un sacerdote enfermo en la celebración de la misa mayor que debía rezarse próximamente. Conocía aquél el ritual como un eclesiástico, y pudo prestarse á la mixtificación; pero prefirió declararse francamente á la autoridad de Gerona. Por fortuna tropezó con un buen sujeto, que hizo la vista gorda y le permitió internarse en el Pirineo francés.

Son innumerables las anécdotas referentes á Miguel: con sólo su estancia de emigrado en París podría escribirse un volumen. En todas partes le perseguía la pobreza ajena. Un día, en París, le pidió limosna un mendigo: Miguel inconscientemente echóse mano al bolsillo, sin acordarse de que sólo tenía una moneda de cinco francos: el pobre notó el movimiento y se estremeció de esperanza; vaciló aquél porque se hallaba á legua y media de su hotel, pero por fin dió la moneda, creyendo indigno de él cambiar para dar menos.

A veces también los pobres atormentaban de noche á Miguel, quebrantando sus expansiones é impidiéndole guarecerse en sus aristocráticos refugios. Una noche había en casa de Fernán Núñez baile de toda solemnidad. Aunque el cielo estaba nublado, Miguel esperó en su casa la hora de la fiesta con tranquilidad, porque tenía tres pesetas para coche. Salió: entonces habitaba en la calle del Sacramento, y al llegar á la plaza del Cordón encontróse con un *pariente*; pues, según Miguel, entre el que da y recibe se establece una especie de parentesco espiritual. Contrariando su natural impulso y notando que empezaba á llover, dió al *pariente* una sola peseta, y por el callejón de San Justo se dirigió á Platerías, donde hay parada de coches; pero (segundo tropiezo) en la esquina de la plazuela de San Miguel salióle al encuentro una que había sido criada de su casa, con una niña, según aquélla, enferma de hambre. ¿Qué había de hacer el invitado de Fernán Núñez? Pues darle las dos pesetas que le quedaban, y prorrumpiendo en uno de sus terribles monólogos mentales, descompuestos los nervios por la fatalidad de miseria que le perseguía, envuelto en un turbión de agua y viento, entrarse corriendo en el casino de Madrid.

Por lo dicho, pues, aunque someramente y como de pasada, se trasluce cuál fué la existencia de Miguel de los Santos Álvarez. De día el tormento de la caridad sin recursos, suponiendo que pudiese haberlos para remediar todas las miserias y dolores originados por la pobreza; el ansia del bien general; la conmiseración por *toda carne que padece*, como indigno de la criatura humana, que en un caso sólo debe sufrir en el espíritu, y la lucha de la actividad impuesta á una organización indolente y sibarita. De noche, raras treguas á estas punzantes emociones, agravadas por su continuidad, en los centros del mundo, en donde sólo de oídas penetra la miseria. Miguel de los Santos Álvarez ha sido una de las personas que mejor han practicado la *imitación de Jesucristo*. De las tres virtudes teologales no tenía la esperanza, ignoramos si sentía la fe; pero sólo unos pocos sabemos hasta qué extremo le ha hecho sufrir la caridad. En la modesta losa que guarda sus restos mortales debería grabarse la siguiente inscripción:

¡Aquí yace un mártir desconocido!

F. MORENO GODINO



El día del barnizado en el Salón de París, dibujo de S. Azpiazu

#### CRÓNICA PARISIENSE

La actualidad, que comparte con la moda el dominio del mundo, nos obliga á consagrar nuestra crónica de hoy al *vernissage* de la Exposición anual de pinturas, que es el acontecimiento de la quincena. Pero tropezamos desde luego con la dificultad de hablar holgadamente en nuestro idioma de este asunto tan parisiense, cuando la mayor parte de las voces derivadas del verbo *barnizar* se hallan excluidas del Diccionario de la Academia. Perdónese, pues, la docta corporación si faltamos esta vez á su ortodoxia empleando un tecnicismo exótico que ella no autoriza, pero que ha tomado carta de naturaleza en el lenguaje vulgar.

El *barnizado del salón* es un ensayo general de primer orden, más codiciado del público que el de cualquier drama de autor célebre. De algunos años á esta parte el *boulevardier* que no asiste á esta operación desmerece terriblemente á los ojos de sus contemporáneos. Conozco señora que se moriría del berriñe si no pudiese estrenar en el *vernissage* su primer traje de primavera.

Visitar el *salón* el día de su apertura es el colmo de la vulgaridad. El *chic* está en visitarlo la víspera, en compañía de los artistas, de los *barnizadores* y de los críticos. Esto es lo que da tono y derecho de ciudadanía en ese pequeño círculo excepcional, por antífrasis llamado el *todo París*.

Claro es que las puertas de la Exposición están aún cerradas rigurosamente para el público, pues tan sólo tienen derecho á entrar *los de casa*; pero á última hora se hallan mil medios de violar la consigna, y cada año aumenta el número de elegantes intrusos de ambos sexos que desde las diez de la mañana invaden el *salón* para presenciar el barnizado de las pinturas expuestas.

Los currutacos del pasado siglo pretendían que no les era posible pasearse diez minutos por el Puente Nuevo sin tropezar con diez conocidos. Cualquiera ciudadano del *todo París* actual tiene que dar más de diez apretones de mano en el momento de cruzar el vestíbulo de la Exposición.

En las salas no hay medio de dar un paso sin encontrarse con un colega ó con un amigo; y no es raro oír diálogos como éste, entre los intrusos:

— ¿Cómo ha entrado usted?

— Vestido de barnizador, con blusa y todo.

— ¿Y una lata de barniz?

— Por supuesto. ¿Y usted?

— Con mi tarjeta de periodista.

— ¡Ah! No sabía que fuese usted de la prensa. ¿En qué periódico escribe usted?

— En *La Estrella Polar*.

— Tampoco sabía que existiese en París ese papel.

— ¡Ca! Si es una revista quincenal de veterinaria que se publica en Buenos Aires.

Tres ó cuatro elementos distintos llenan el vastísimo local del palacio de la Industria: los artistas, en cuyo número se cuentan á sí mismos los barnizadores de cuadros y los colocadores de estatuas; los periodistas más ó menos auténticos, los modelos y los curiosos.

El artista que expone se conoce á la legua; no por las melenas, el levitón á la moda del año 30 y el sombrero excéntrico que distinguían al tipo hoy pasado á la historia, sino por la febril agitación con que explica el asunto y la factura del lienzo, por la multiplicidad de sus apretones de mano, por sus gestos, por la entonación de su voz y por sus frases llenas de *color local*.

Para estos seres, generalmente mal equilibrados, no hay justo medio; la obra que no es magnífica es detestable; magnífica, cuando el autor está presente; detestable, desde el momento que éste vuelve las espaldas.

Cada artista recibe al pie de su cuadro como en un salón particular á sus amigos, y hace los honores del local con buen ó mal talante, según que esté ó no satisfecho de la colocación de su obra. Casi todos se quejan.

— ¿Habrá peor sitio que éste? Demasiada luz; un reflejo horroroso.

— ¿Alcanzan ustedes á ver mi cuadro, en esa obscuridad absurda? Habré de poner una lámpara á disposición del público.

— ¡Calle usted, hombre, me han puesto por las nubes! Se necesitará un telescopio para ver mi cuadro.

Las conversaciones se animan. Los chistes estallan en medio de los corros, yendo á dar en las pinturas que cubren las paredes, y se lanzan contra el Jurado de admisión las diatribas más sangrientas.

— ¿Ha visto usted cómo abundan este año las obras malas?

— En cambio quedan en los estudios preciosidades que el Jurado no ha admitido.

— ¿Es cierto que á X le han devuelto dos retratos?

— No sé; lo que me consta es que N. presentó dos paisajes magníficos; pero como hubieran perjudicado á los que expone R., se los rehusaron.

— ¿Saben ustedes la novedad?

- ¿Cuál?  
 - Durand ha presentado una estatua.  
 - ¿Durand el pintor?  
 - El mismo. Abandona el pincel por el cincel.  
 - Está de enhorabuena la pintura.  
 - Y la escultura de pésame.  
 - ¿Has visto la batalla de M.?  
 - Sí.  
 - ¿Qué te parece?  
 - Que puede titularse la degollación de la estética.  
 - ¿Qué opinas del retrato del Presidente, por A.?  
 - Que no es malo... como memorial para una condecoración.  
 - Ya se contentará el autor con una licencia de caza.  
 - La señorita B... ha invadido otra vez el salón con sus flores, edición mil y una.  
 - Pintadas en abanicos, se venderían á precio regular en la tienda.

Nada escapa á la murmuración y á la crítica: ni el talento, ni la edad, ni el sexo, ni aun el propio infortunio, que se atribuye generalmente á incapacidad y torpeza.

Cuando el artista ha descubierto su cuadro, se apresura á hacerle dar barniz, cuando no prefiere *operar* él mismo. Este día el barnizador es un personaje. Su doble escalera, de la cual penden los materiales y los instrumentos de su industria, rueda sin cesar de una á otra sala, atropellando á todo el mundo. Se da tono de artista; dícese amigo íntimo de todos los pintores célebres y les hablaba en tono de protección con una familiaridad deliciosa.

Los pintores jóvenes barnizan en persona sus cuadros con el afán de llamar la atención, particularmente de las mujeres.

Algunas modelos van á verse en pintura y hablan amistosamente con los artistas de segundo orden, encargándose á veces de presentarlos unos á otros.

Los comerciantes en cuadros, que nunca faltan, miran minuciosamente los lienzos que más llaman su atención, máxime cuando llevan firmas que aún se cotizan á bajo precio. Anotan en su cartera las obras delante de las cuales se forman corros; escuchan disimuladamente las apreciaciones de la crítica, pensando en comprar tal ó cual cuadro antes de que el autor sospeche el éxito que va á tener, y apuntan el

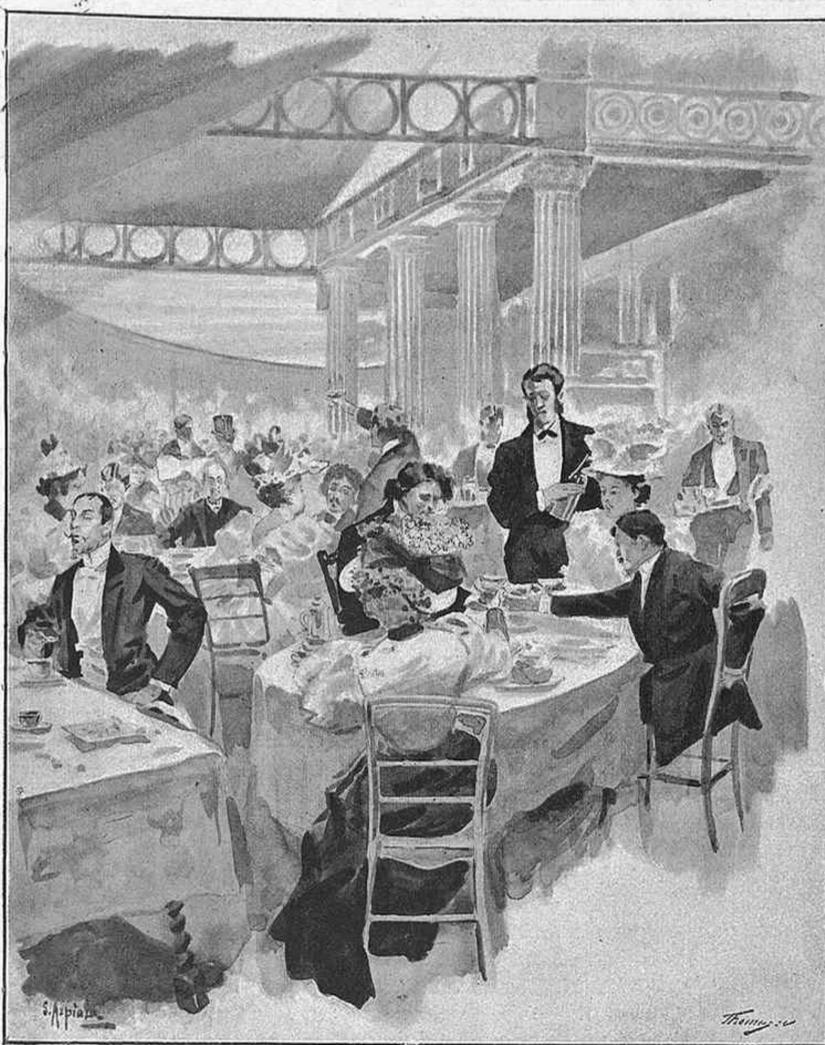
nombre del debutante que promete, con la esperanza de adquirir por cuatro cuartos la pintura que venderán á elevado precio cuando la haya elogiado la crítica.

Los representantes de la prensa universal, lápiz en ristre, apuntan nombres, títulos é impresiones. El *reporter* pregunta á toda persona que considera poseedora de un secreto y capaz de una indiscreción. El crítico concienzudo toma millares de notas, deteniéndose delante de cada cuadro que estima digno de mención particular. El crítico influyente tiene corte

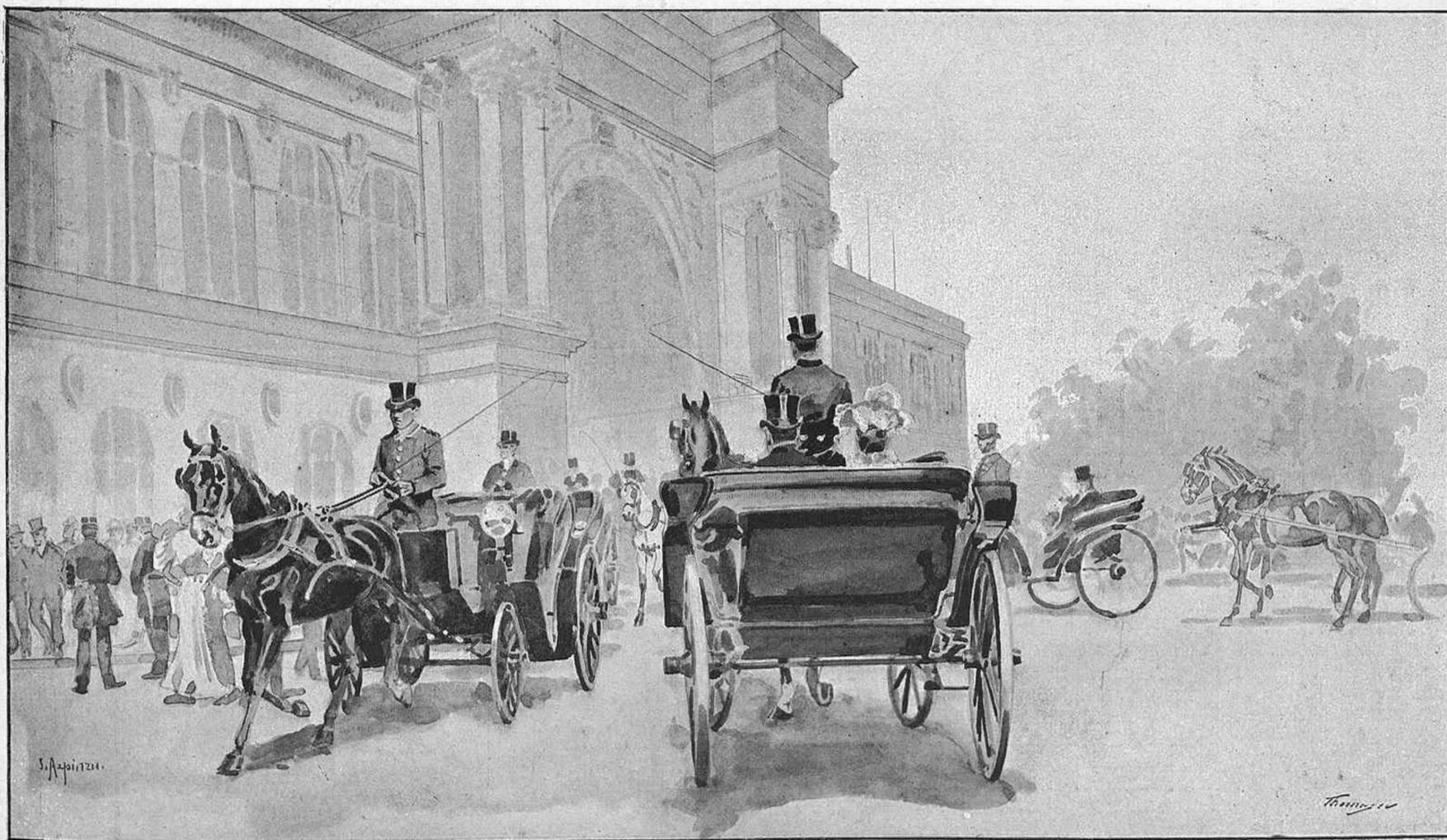
tiene á Lesueur, se contenta con Mignard.

Los originales de los retratos que figuran en la Exposición van de sala en sala, en busca de su efigie, deseosos de contemplarse y de ver el efecto que producen en pintura. Y se irritan al ver que la gente pasa con una indiferencia que no vacilan en calificar de estúpida.

Los retratistas de mujeres no ven en el sexo débil más que lo hermoso, lo suave, lo terso y lo brillante. Han suprimido las arrugas y todas las imperfecciones del rostro. Han dicho al tiempo: «De ahí no pasarás,»



Restaurant Ledoyen, en los Campos Elíseos de París, el día del barnizado de la Exposición anual de pinturas, dibujo de S. Azpiazu



A las puertas de la Exposición anual de pinturas en el Salón de París el día del barnizado, dibujo de S. Azpiazu



LA TENTACIÓN DE SAN JERÓNIMO, fragmento de un cuadro de H. Siemiradzki



LA CONVALECIENTE, cuadro de Leopoldo Romañach

y ninguna de las mujeres por ellos retratadas, aunque sean abuelas, representa más de veinticinco años. Y las retratan á todas con la misma hermosura, con la misma elegancia, con la misma juventud. El parecido es lo de menos. Lo esencial es que los originales se declaren satisfechos, y esto se consigue haciendo que parezcan, además de hermosos, elegantes y ricos.

Sucede, á veces, que la persona retratada ha adquirido triste celebridad en alguna causa escandalosa ó ingresado en la cárcel desde que su efigie entró en el salón. Pero esto son ironías de la suerte que los parisienses saborean con fruición inefable.

El *vernissage* tiene por complemento indispensable para la gente de buen tono el almuerzo en el *restaurant* Ledoyen, situado en los Campos Elíseos, cerca del Palacio de la Industria; y nada es comparable á la animada conversación á que se entregan los comensales en esa fiesta gastronómica del París mundano y elegante.

Allí, bajo los árboles umbrosos que cobijaron la casa de Madama Tallien, esa hermosa reina de una república agonizante; en el mismo sitio en que el joven Bonaparte hacía tímidamente la corte á Josefina Beauharnais, esa criolla que había de subir al trono efímero de un imperio, las duquesas y las *cocottes* de hoy rivalizan en seducción y elegancia, cautivando á sus contemporáneos con el arte difícilísimo de hacerse amar, en este fin de siglo en que el amor es un sentimiento de que se avergüenzan las tres cuartas partes de la humanidad.

Las anécdotas y las ideas del momento histórico, las pasiones y los hechos, todo lo que agita al mundo es del dominio de la parisiense.

La Europa es como un vasto salón en que todos los elegantes se conocen por haberse encontrado alguna vez en los centros de la elegancia parisiense.

Londres, Viena, Madrid, se ocupan en un mismo día, casi á la misma hora, de unos mismos acontecimientos y hasta de unos mismos trajes.

El que describe un salón de San Petersburgo hace, á poca diferencia, la descripción de un salón de París.

Y al escribir este artículo, en medio de las flores y las elegancias parisienses, pienso que el final llevará pocas novedades á mis lectores de ambos mundos, porque en todas partes hay las mismas flores, las mismas modas y la misma gracia femenina.

JUAN B. ENSEÑAT



**Penosa jornada, cuadro de Juan Collier.** — Para hacer vibrar las fibras del sentimiento, para producir en una de sus más intensas manifestaciones la emoción estética, no necesita el artista de talento apelar á grandes efectos, ni echar mano de complicados recursos. Si el pintor siente con viveza la inspiración del genio y su mano domina la técnica del arte, puede conseguir con el cuadro más sencillo lo que en vano pretenden otros, no dotados de tales cualidades, lograr con difíciles composiciones. Díjalo si no el hermoso lienzo del célebre artista inglés Collier: una mujer pobremente vestida, sosteniendo en sus brazos un niño del que sólo se ve la cabecita, y un paisaje pobre, falto de las galas con que se hermosea la naturaleza, son los únicos elementos empleados por el autor; y sin embargo, ¡cuán profunda impresión nos causa esa pintura! ¡Cuánta tristeza produce en nosotros la contemplación de aquel rostro y de aquel cuerpo que tan maravillosamente expresan el cansancio, la miseria, el abandono de la pobre madre! *Penosa jornada* es una de esas obras que fascinan y cuyo recuerdo no se borra de la mente del que una vez las ha visto.

**Decoraciones de la leyenda dramática de D. Angel Guimerá «Las monjas de Sant Ayman.»** — Al reproducir hoy trece de las quince decoraciones de la última obra de Guimerá, sólo diremos en alabanza de sus autores, los reputados escenógrafos Sres. Moragas, Vilumara y Soler y Roviroa, que han echado en ellas el resto, como vulgarmente se dice, y sabiendo lo que tales artistas valen, las maravillas que sus pinceles han producido, inútil es insistir en las bellezas de los hermosísimos telones que no se cansa de admirar el público que acude al teatro de Novedades, en donde se representa la leyenda dramática del gran poeta catalán. La notable composición del Sr. Passos que publicamos, permitirá á nuestros lectores formarse idea del efecto que esas decoraciones producen. En la imposibilidad de describirlas con la minuciosidad que merecen, hemos de limitarnos á explicar lo que representa cada una de las que reproducimos. **ACTO I. Cuadro 1.º** Plaza del pueblecillo de Venafur. **Cuadro 2.º** Aposento señorial en el castillo de Venafur. **ACTO II. Cuadro 1.º** Sitio agreste y montañoso de carácter fantástico. **Cuadro 2.º** Gran cámara señorial del monasterio de Sant Ayman. **Cuadro 3.º** Templo del monasterio de Sant Ayman. **Cuadro 4.º** Paisaje de rocas y árboles fantásticos. **ACTO III. Cuadro 1.º** Paisaje montañoso y alegre con una ermita en la altura. **Cuadro 3.º** Campamento de los Cruzados. **ACTO IV. Cuadro 1.º** Exterior de la mezquita de Omar en Jerusalén. **Cuadro 2.º** Paraje inmediato á las murallas de Jerusalén. **Cuadro 3.º** Murallas de Jerusalén. **Cuadro 4.º** La puerta de Efraim. **Cuadro 5.º** Interior del templo del Santo Sepulcro. Las decoraciones de los

actos primero y tercero han sido pintadas por el Sr. Moragas, las del acto segundo por el Sr. Vilumara y las del acto cuarto por el Sr. Soler y Roviroa.

**La tentación de San Jerónimo, fragmento de un cuadro de H. Siemiradzki.** — Las tentaciones de los santos anacoretas han servido en todos tiempos á los más famosos pintores de asunto para sus cuadros. El contraste entre las formas adoptadas por el espíritu del mal para asediar la virtud del solitario ermitaño y la figura de éste consumida por las mortificaciones y el ayuno, la lucha que ha de sostener el santo para vencer en aquella prueba y el lugar mismo en que la tentación se desarrolla, son en realidad elementos dignos de ser utilizados por los artistas de genio. Siemiradzki, uno de los más grandes pintores rusos contemporáneos, ha acometido el tema que á tantos y tan ilustres predecesores suyos ha seducido, y á pesar de pertenecer éste á un género distinto de los que él suele cultivar, ha pintado un lienzo digno de figurar entre los mejores que de su pincel han salido, con ser éstos tan admirables como los que nuestros lectores han podido ver reproducidos en varios números de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

**La convaleciente, cuadro de Leopoldo Romañach.** — En el número 519 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, con motivo de la reproducción del cuadro del Sr. Romañach *Un nido de miseria*, expusimos el concepto por todo extremo favorable que esta obra del artista novel nos merecía y dijimos algo de su autor, pensionado en Roma por la Diputación provincial de Santa Clara (isla de Cuba) y discípulo de nuestro antiguo y querido colaborador D. Enrique Serra. Hoy tenemos el gusto de publicar una nueva producción del joven pintor, que revela un adelantamiento desproporcionado con el tiempo desde entonces transcurrido y que demuestra cuán cumplidamente corresponde el Sr. Romañach al beneficio recibido de la citada Diputación cubana, á la cual está destinado el cuadro. *La convaleciente* pertenece al mismo género naturalista de buena ley de *Un nido de miseria*; pero en él se nos aparece ya el artista formado, con perfecto conocimiento del camino emprendido, seguro en su concepción, en su dibujo y en su pincelada, demostrando, en una palabra, que reúne todas las cualidades necesarias para llegar á ser maestro en el arte á que con tanta pasión se ha consagrado. La Diputación de Santa Clara puede sentirse orgullosa de haber favorecido á quien ha demostrado ser tan digno de su protección, y en vista de los resultados obtenidos es de esperar que continúe dispensándole para que el Sr. Romañach complete en Roma ó fuera de Roma sus estudios, base de una carrera que ha de proporcionarle gran nombradía y que ha de redundar en gloria de su patria y honra de la corporación que le ha pensionado.

#### MISCELANEA

**Bellas Artes.** — Los secesionistas müniquenses han inaugurado su exposición de primavera, en la que figuran trescientas obras, entre las que sobresalen las de Uhde, Stuck, Hertwich, Keller, Erter, Slevogt y Busse.

**MUNICH.** — De las memorias publicadas por las dos asociaciones artísticas acerca de los resultados de las exposiciones celebradas en 1894, resulta que la que podríamos llamar de los ortodoxos, ó sea la que verifica sus certámenes en el Palacio de Cristal, fué visitada por 100.000 personas, y en ella se vendieron 282 obras, la cuarta parte de las expuestas, por valor de 500.000 pesetas: en la de los secesionistas, en la cual figuraban 483 obras para la venta, se vendieron 150 por 343.750 pesetas. Con los sobrantes de este año los secesionistas han podido disminuir en 50.000 pesetas la deuda contraída para la construcción de un edificio especial para su asociación.

**CARLSRUHE.** — Se ha inaugurado un panorama que representa el asalto de Nuits, el hecho de armas más notable realizado por los badenses durante la guerra franco-alemana. Sus autores, el pintor de historia Carlos Becker y los paisajistas Carlos Kehr y Federico Kallmorgen no han presentado un campo de batalla con todos esos horrores que es casi de cajón poner en tales lugares á fin de producir efectos de refulbrón, sino que ofrecen á los ojos del espectador una representación exacta y natural de un combate tal como hoy se libra según las reglas de la táctica moderna. El momento escogido por los pintores es el de la preparación para el asalto, viéndose en el lienzo maravillosamente reproducidas las masas de tropa de tamaño natural y espaciándose la vista por un inmenso panorama con todos los accidentes del terreno, que los artistas han estudiado minuciosamente.

**BRESLAU.** — La galería del Museo Silesio se ha acrecido recientemente con varias donaciones testamentarias que demuestran el favor que en su existencia relativamente corta ha alcanzado dicho museo entre aquella población. Entre estos legados sobresale por su importancia uno del juez Sr. Friedlander, que comprende un Defregger de 1873; un díptico, *Venus y Amor*, de Gabriel Max; un paisaje de Osvoldo Achenbach, de 1848, y varios paisajes de Schleich, el mayor, de Schindler y otras obras no menos notables.

**HANNÓVER.** — La Asociación Artística hannoveriana cuenta en la actualidad 4.882 miembros, pudiendo por lo mismo ser considerada como una de las más importantes de Alemania. En la exposición que celebró el año pasado figuraron 780 obras, de las cuales se vendieron 4 particulares 72 por la suma total de cerca de 70.000 pesetas; por su parte la Asociación adquirió 59 obras para su lotería por valor de 25.000 pesetas. Entre los cuadros vendidos figura un magnífico lienzo de Siemiradzki de grandes dimensiones, cuyo comprador lo ha cedido por testamento, junto con otras obras valiosísimas, al Museo de la ciudad.

**FLORENCIA.** — La Galería de los Uffizi se ha enriquecido con las siguientes obras: *Encuentro del Cristo resucitado con Magdalena*, fresco de Francia Bigio; *La Virgen entre los Santos*, de la escuela de Boticeili, y un friso alegórico de las estaciones, de Signorelli.

**CAIRO.** — En el concurso abierto para la construcción de un nuevo edificio para museo, en el cual se presentaron 71 proyectos (entre ellos 23 italianos, 16 franceses y 16 ingleses), no se ha otorgado el primer premio. Sólo han sido concedidos cua-

tro segundos á los arquitectos franceses Breasson, Loviot y Gassieu, Guilhelm y Gillet, y Dourgnon. Un tercer premio ha sido también para un parisiense, de suerte que todos los premiados son franceses.

**BERLÍN.** — La memoria oficial de las colecciones de arte de Prusia correspondiente al último trimestre de 1894 menciona, además de la compra de un retrato original de Rembrandt, un número considerable de regalos y legados, entre los cuales merecen especial mención: 41 bronce egipcios, una colección de 4.000 *ex-libris*, de los siglos XVI á XIX, muchos grabados y libros ilustrados japoneses, y 100 tomos de obras francesas con preciosas ilustraciones.

— En el Museo de Industrias Artísticas se ha organizado una exposición de obras de las artes gráficas, grabado en acero, en madera, cincografía, autotipia, heliograbado y cromo, con inclusión respecto de éste de la impresión policroma por medio de tres planchas en rojo, azul y amarillo. Figuran en esta exposición obras alemanas, inglesas, francesas y japonesas en gran número, siendo una de las cosas más notables de la misma la colección de carteles anunciadores artísticos ingleses y especialmente franceses, entre los que sobresalen los de Cheret, Grasset y otros especialistas en este género.

**LONDRES.** — Gracias á la munificencia de lord Savile, la Galería nacional ha entrado en posesión de un cuadro de Velázquez de grandes dimensiones, titulado *Los desposorios*. La misma Galería, merced á un convenio con el museo de South Kensington y á cambio de la cesión á éste de algunos cuadros ingleses, se ha enriquecido con varias obras de antiguos maestros, entre ellas algunas de Perugino y de Juan Bellini.

**SAN PETERSBURGO.** — La Asociación de acuarelistas rusos celebra actualmente su exposición anual, que no es más que mediana y en la que predominan los paisajes, los estudios y las flores. Entre las pocas figuras sobresale la *Visión*, de Solomko. Los artistas veteranos, como Sokoloff, Charlemagne, Alexandroffsky y Babrow no revelan nada nuevo; otros, como Benois, Kioschenko, Karasin, Pissensky, Begrow y Wassilkowsky, permanecen apegados á la rutina y ceden cada vez más á las exigencias del comprador, que casi siempre están reñidas con el verdadero arte. Lo más notable de esta exposición son las acuarelas de Héttler, inspiradas en las ciudades italianas y en las playas del Mediterráneo y llenas de luz y de color. Merecen ser también citados los paisajes de otoño é invierno de Bergholz, los de Lepeticz, Baxst, Gut-Maniser y del impresionista Mankoffsky.

**VENECIA.** — La exposición internacional de Bellas Artes recientemente inaugurada en Venecia responde perfectamente al objeto primordial de estos certámenes, cual es el de permitir formarse concepto claro de las varias escuelas y tendencias de la pintura en Europa. En la sección de pintura española llaman la atención las obras de Villegas (*La coronación de la dogaresa y El cazador*), Sánchez Barbudo, Benlliure (José), Tusquets, Jiménez Aranda (José), Bilbao, Emilio Sala y Ricardo de los Ríos; entre los franceses sobresalen Duez (*Jesús calmando una tempestad*), Bonnat, Roll (*Los obreros de la tierra y Retrato del almirante Krantz*), Beraud (*Las dos musas y el poeta Armando Silvestre*), Besnard, Carlos Durán, Puvis de Chavannes (*Piedad*), Dagnan (*Madona con el Niño*) y Dupré (*Segadora*); las obras más notables de las escuelas alemana y austriaca son las de Marr (*Los flagelantes*), Schonleber, Hartmann, Stuck, Hacher, Delug, Dettmann (*Entierro de una niña*), Firlé (*Enferma*), Liebermann (*Retrato de Hauptmann*) y Lembach; en la sala de daneses y escandinavos se distinguen especialmente los cuadros de Tuxen (*Regreso de la pesca y Susana en el baño*), Ancher Michael, Paulsen, Ander Zorn (*La fiera*), Niels, Pedersen (*El secretario de la aldea*), Ole y Zahrtmann; en la sala de los artistas belgas, holandeses é ingleses figuran entre otros con bellísimos lienzos Lemputten (*Procesión en el campo*), Mesdag, Meulen, Van Haanen, Maris, Vander Veele, E. R. Hughes (*Bianca Bella e Samaritana y Dead Knight*). Completan las secciones extranjeras algunos cuadros de los americanos Benson, Wistler y Alexander. La sección italiana resulta notable, así por el número como por la valía de las obras expuestas; citaremos algunos nombres de los expositores más salientes: Gioli, Tomasi, Simi, (*Idilio campestre*), Muzzioli (*Idilio y En la fuente*), Lojacono (*Marina iluminada por la luna*), De Blaas (*Campesina*), Grosso (*La última cita*, cuadro que ha dado motivo á grandes discusiones por lo atrevido y que estuvo á punto de no ser admitido), Boldini (*Retrato de Verdi al pastel*), Bianchi (*Muchacha de los Alpes*), Rotta (*Los locos*, una de las mejores obras de la exposición), Tito (*La fortuna y La procesión de los anzoletti en Venecia*), Zozzo (*Arador y La plaza de San Marcos*), Milesi, Belloni, Delleani, Morelli (*Jesucristo en el desierto*), Sartorio (*La Virgen de los ángeles*), Beppo Ferrari, Pictor (*Fantasma macabro y Venecia á la luz de la luna*), Bezzu, Brass, Carcano, Mancini, Rossi y Fraziacomo.

**Teatros.** — En el teatro de la ciudad de Bremen se cantará por vez primera, en 25 de mayo, el oratorio de Rubinstein *Cristo*, cuya segunda audición se verificará á principios de junio: los coros constarán de 350 personas, y los solos serán desempeñados por los principales artistas alemanes. Como directores han sido contratados Carlos Muck, del teatro Real de Opera de Berlín; Julio Ruthard, del teatro de la Ciudad de Bremen, y Leopoldo Weintraut, del teatro de la Ciudad de Breslau.

**BARCELONA.** — El único estreno en la anterior semana ha sido el del precioso sainete de Vital Aza *La rebotica*, que con éxito grande se ha puesto en escena en el Eldorado. En el Principal sigue contando por ovaciones el número de sus representaciones el eminente actor Sr. Vico, que ha puesto en escena varias joyas del teatro antiguo y moderno. En el Liceo la Darclée y Marconi hacen las delicias de los aficionados á la música buena y bien cantada. En Novedades continúa representándose con muy buenos resultados la leyenda dramática de Guimerá *Las monjas de Sant Ayman*. En el Tívoli la compañía Tomba obtiene muchos aplausos cantando las más populares operetas y algunas óperas, entre ellas *Carmen*. En el próximo mes comenzarán sus tareas en Novedades y en el Lírico respectivamente las notables compañías que dirigen la señorita Guerrero y el Sr. Mario.

**Necrología.** — Han fallecido: David Lugeon, escultor suizo á quien se debe la restauración de muchas iglesias góticas de Francia. Julio Roulleau, escultor francés.

CORA

HISTORIA DE UNA MODELO

I

El gracioso modelo estaba encantador con su gran sombrero de la época del Directorio, la falda ceñida con listas de color de rosa, el cabello negro algo crespo y enmarañado, y moviendo la cabeza, mientras que el pintor trazaba con cariño en el lienzo los con-



El escritor francés Julio Claretie, autor del cuento *Cora*

tornos de aquel cuerpo esbelto y flexible y sus líneas juveniles, que se marcaban bajo la transparencia de las telas de otro tiempo.

— ¡Oh, señorito Jorge, qué bonito es ese traje, muy lindo por cierto; pero no es así como yo hubiera querido retratarme!

Pronunciaba estas palabras con el dulce acento criollo, tartajeando ligeramente. Sus grandes ojos negros, de expresión melancólica, contrastaban con su rostro de niña árabe, pálido y de color cobrizo.

— ¡Ah! ¿Conque no es así? ¿Y cómo habría querido usted ser retratada, señorita Cora?

Los ojos tristes del lindo modelo brillaron de pronto — sin duda al evocar un recuerdo, — y Cora contestó con voz temblorosa:

— ¡Oh! Hubiera querido verme reproducida en el lienzo con el traje de hermana de la Caridad.

— ¿De hermana de la Caridad?

— Sí; con aquellas grandes alas blancas que se mueven á los lados de la cara... ¡Es tan hermoso ese tocado! ¡Y es tan bueno ser hermana de la Caridad!.. Mejor hubiera querido ser esto que...

Cora se interrumpió, y sus negros ojos se llenaron de lágrimas.

— Hija mía, dijo el pintor, si llora usted ya no parecerá una currutaca del Directorio.

Este diálogo se cruzaba en el taller de mi joven amigo Jorge, situado á dos pasos de la iglesia de San Vicente de Paúl, cuyas torres se veían á través de los cristales de una gran ventana, destacando sus siluetas de color gris sobre un hermoso cielo azul, un cielo de mayo, diáfano y lleno de vida. Los ojos tristes de Cora contemplaban aquel cielo de primavera, mirando también las torres grises que se dibujaban marcadamente y el reloj de la iglesia que daba las horas. Y bajo su sombrero rosa del Directorio movía siempre su pequeña cabeza de africana; mientras el pintor trazaba un alegre cuadro que representaba un grupo de petimetres y currutacas sentados en un florido cenador ante una mesa llena de sorbetes, con una profusión de telas rayadas, de colores claros, de cabellos rubios, de medias chiné, de abanicos, de chales y de sonrisas. En el fondo veíase París, el gran París revolucionario; pero de una manera vaga, á través de la bruma, y mugiendo sordamente á los pies de los jóvenes que bromeaban desde lo alto del cerro de Montmartre ó de la colina de Belleville...

Cora estaba lejos, muy lejos del cuadro en que se la representaba; y su mirada triste, melancólica como el desierto infinito, fijábase tenazmente en las torres de la iglesia.

Sus gruesos labios, de un rojo anémico y cuyo borde un poco dilatado formaba un perfil clásicamente puro, murmuraban las mismas palabras que habían pronunciado antes en voz alta con la expresión de un profundo sentimiento: *hermana de la Caridad!*

— ¿Y cómo va de salud?, preguntó el pintor continuando su tarea, sentado en un taburete; mientras que Cora permanecía en pie, á pocos pasos de él y en medio de la luz.

— ¿La salud, señorito Jorge? ¡Ah! La salud no va mal... Creo que me pondré bien. El médico me ha dado una bebida con éter, que me alivia mucho, y ahora duermo mejor...

Cora tosió un poco, y añadió al punto, como para que se la dispensase ó para engañarse á sí misma:

— Aún me aqueja la tos, pero muy ligera... ¡Oh! La salud marcha bien, señorito Jorge; lo que no va bien...

Cora se interrumpió, tratando de sonreír, y su fisonomía infantil, su rostro exótico, tomó una expresión de tristeza angustiosa.

— Lo que no va bien, añadió, es la cabeza...

— O el corazón. ¿Todavía piensa usted en él?

— ¡Siempre, sí, siempre... y siempre pensaré, repitió la hechicera criolla con su graciosa pronunciación.

¡Ah! Sí, la vida de Cora era una novela; en aquella linda cabeza, en aquel corazón de mujer niña había una ilusión, un padecimiento, y el destino había tratado duramente á la joven modelo de mirada melancólica. El viento de amor, soplando sobre su cabello negro algo crespo, había comunicado una expresión de tristeza á sus labios carnosos, tan propios para besar y para sonreír.

Sí, por el mundo andaba alguno que para Cora era *él*, y hacia *él* volaba y volaría siempre su pensamiento; pero *él* la había olvidado sin duda, ó no se cuidaba para nada de ella; no conocía más que su nombre de pila *Pedro*, y repetía continuamente este nombre, dulce para ella como una caricia de amor, adorado con locura, porque era cuanto le quedaba de un pasado no muy distante, pues la seductora criolla no contaba más que diez y ocho años.

— Pero entre nosotras, decía la joven con tristeza, la mujer es vieja á mi edad, sobre todo cuando no ha sido afortunada.

Y al decir esto, Cora se esforzaba para atenuar con una sonrisa lo angustioso de sus palabras.

II

— «¿Que quién era el señorito Pedro? (Aún le llamaba así, como cuando le había dirigido la palabra por primera vez en la isla de la Reunión). ¡Pues era

teniente de infantería de marina! ¡Y qué airoso, y qué bueno! Pequeño como yo, muy rubio, tenía el bigote fino y rizado. Nos amamos en cuanto nos conocimos, pues no necesitan andar con rodeos los que son libres y adivinan que se quieren. Yo no tenía padres, y estaba con una tía anciana que se proponía dedicarme al oficio de modista. ¡Ah, qué buena idea! ¡Y qué gracioso son los sombreros que se hacen allí!.. Yo era libre, como ya he dicho á usted, y me dije «Puesto que Pedro me ama, me tomará por esposa; yo no he amado, ni amaré tampoco á nadie más que á él, y soy una joven honrada, como él es un hombre honrado.» ¡Oh! ¡Y le amaba con toda mi alma, con todo mi corazón! Cuando me apoyaba sobre los galones de oro de su uniforme, me sentía más orgullosa que si me hubieran nombrado presidenta de la República. En el barrio de Poissonniere hay infantería de marina acuartelada; cuando paso por allí para ir á la calle Lafayette, me detengo, señorito Jorge, para mirar aquellos uniformes, aquellas charreteras amarillas, y me digo: «¡Tal vez le veré aquí!» Aunque no esté en París, yo espero siempre; y después de contemplar un momento á los *marsuinos* — ya sabrá usted que los llaman así, á lo menos él me lo ha dicho, — ya no puedo tener los ojos secos, y todo el pasado vuelve á mi memoria. Es muy cierto: veo otra vez la isla, el mar, los barcos de allá abajo, nuestro

cielo y nuestros árboles siempre que pasa un soldado de marina, aunque aquí no visten el uniforme blanco como en los trópicos. Sin embargo, son ellos esos soldados, los *marsuinos* que veíamos entre vosotros. Entonces sueño; y después me digo: «¡Qué tonta eres, pobre Cora; todo eso ha concluído; ya no estás en aquella tierra, sino en París, que es muy triste, porque cuesta mucho vivir aquí!»

«¡Ah! Cómo echo de menos el tiempo en que yo le servía de intérprete!; pues ha de saber usted que yo hice la campaña, y que formé parte de la columna con la infantería de marina en Madagascar. ¡Cómo me agradaba aquello, el peligro, las fatigas! El señorito Pedro tenía á sus órdenes los voluntarios de la Reunión en Farfate, y yo he marchado contra los hovas, sí, yo, sin tener miedo, se lo juro á usted. A mí me divertía el cañoneo en Majunga, y también cuando los fusileros de marina atacaron á orillas del Bonnamary. ¡Y era de oír cómo silbaban las balas! *zis, zis!* ¿Pero qué me importaban á mí las balas, estando yo con *él*?»

«Sus soldados le adoraban como yo. ¡El teniente!.. ¡Oh! Cuando pronunciaban esta palabra, hubiérase creído que hablaban de Dios. Iban adondequiera que *él* les mandaba ir; los lanzaba en la pelea, y adelantándose después á ellos, se ponía á su cabeza. Era de escasa estatura, poco más que la mía; yo iba á su lado, y desaparecíamos casi entre las altas hierbas. Algunas veces nos ocultábamos allí, y le abrazaba mientras oíamos resonar los tiros. Yo tenía un amuleto que me había dado un brujo del país, y esto nos preservó de todo. El capitán, que me había autorizado para seguir la columna como intérprete, murió una noche del tétanos, ocasionado por una herida, de la que solía decir: «¡Oh, esto no será nada!» Pedro le cuidaba mejor que un cirujano; pero el capitán se moría diciendo: «¡Esto es horrible, espantoso!.. ¡Reventar aquí! ¡Ah! Frente á los alemanes hubiera yo preferido morir!.. ¡Ah, este país!.. ¡Condenado país!.. ¡Teniente, le confío á usted nuestros soldados; vuelva usted á Francia con el mayor número que sea posible de esos buenos chicos!» Aún me parece oír la voz del capitán y aquel estertor, mientras repetía: «¡Morir aquí, morir aquí!» Y como yo dijese á Pedro en voz baja: «¿No es verdad que esto es horrible?»



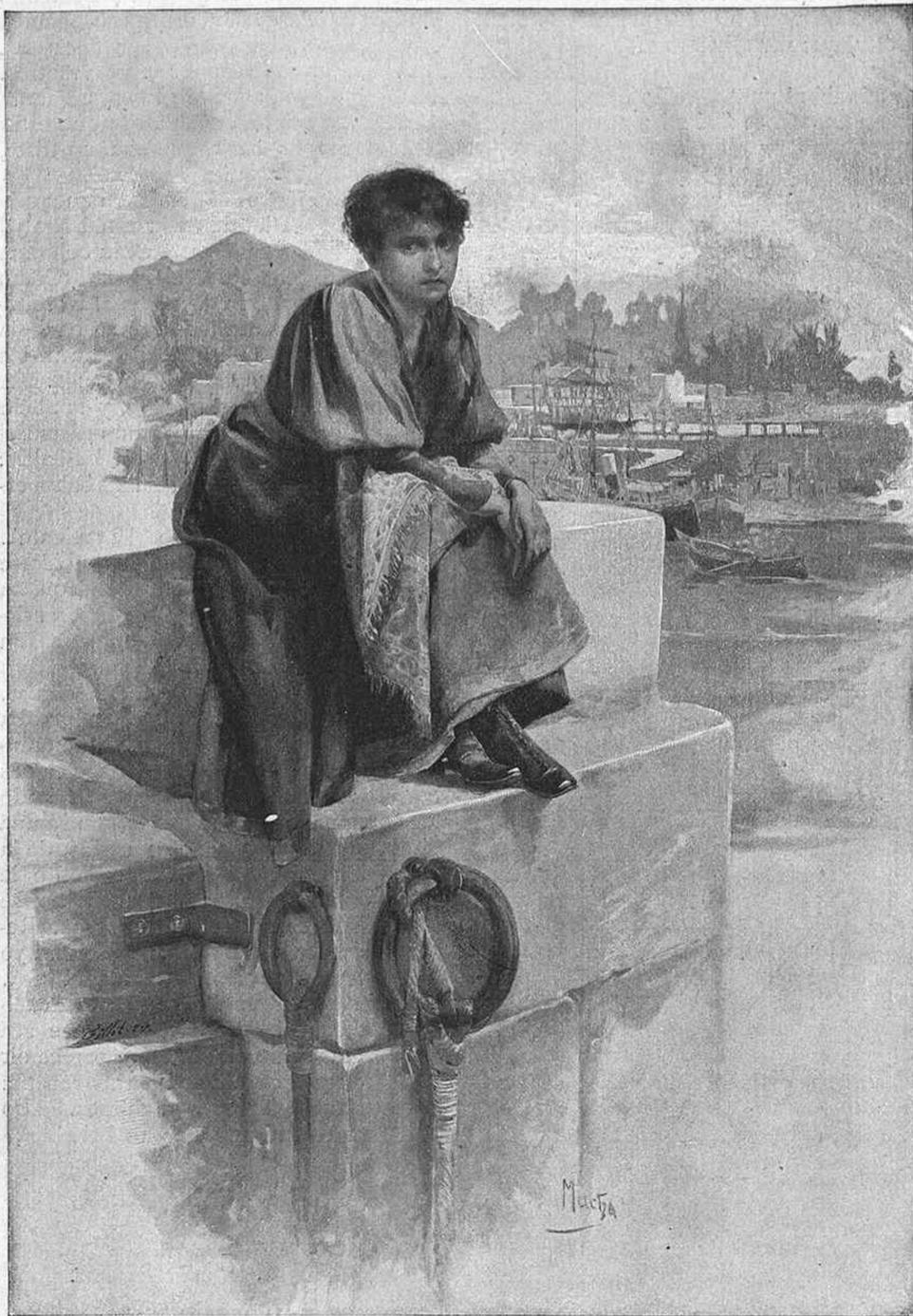
¿Y cómo habría usted querido ser retratada, señorita Cora?

me contestaba gravemente, él, que siempre se reía: «¿Qué quieres hacerle? ¡Es el deber!»

«Todavía pienso en todo eso, y me digo: «A pesar de la fatiga, de las balas, de la falta de agua y de las noches en que el enemigo acechaba, aquel era el buen tiempo. ¡Yo quisiera que volviesen aquellas horas!.. ¡Pero están tan lejos!»

«Cierto día la columna volvió á Tamatave.

«Habían dejado al capitán en un agujero, muy lejos, con otros. Pedro era el jefe, y volvía muy contento, tan negro como yo, curtido por el sol, y el goberna-



¡La pequeña Cora quedaba sola en el mundo, en aquella tierra donde no tenía ya á quien amar!

dor le felicitó mucho. ¡Ah, qué cumplidos..., como en los libros! Yo estaba loca de alegría por aquel triunfo, y dije á Pedro: «¡Ahora te nombrarán coronel por lo menos!» «¡A un teniente!, contestó. ¿Estás loca, querida Cora?» Es verdad que lo estaba; pero aunque le hubiesen promovido á general en el acto, me hubiera parecido justo.

«¡Si yo hubiese podido imaginar que aquella campaña iba á separarme de él, y que le llamarían á Francia, á París, bajo el pretexto de recompensarle! Sin embargo, esto es lo que sucedió. Dióme la noticia una mañana, sin notar que yo me entristecía... Marchaba á Francia, y le extrañó ver lágrimas en mis ojos. Díjome que probablemente al llegar se habría publicado en el *Diario oficial* el decreto condecorándole. Yo estaba contenta porque él lo estaba también; pero muy desconsolada al mismo tiempo, al ver que no comprendía mi dolor, tal vez por el exceso de su alegría... ¡Quién sabe!

«Al parecer no le era posible llevarme consigo, pues un buque del Estado no es como un bosque, donde cualquiera puede ocultarse; y entonces yo me dije: «¿Dónde están aquellas espesuras aun con el peligro, el fuego de fusilería, los hovas y el tétanos?» ¡Aquello era mejor! Pero al menos si no podía llevarme consigo, me escribiría. ¡Oh, en cuanto á eso, sí por cierto! Me lo prometió. ¿Cómo había de olvidar él á su pequeña Cora? «¡Si yo tuviera talento, me dijo, tú serías mi *Rarahu!*»

«Yo no sabía qué era esto, y no lo comprendí hasta que usted me prestó aquel libro tan bonito.

«Y Pedro añadía, abrazándome: «Tú eres propia para figurar en un cuadro, con esa carita tan extraña y tan..., tan...»

«¡Encantadora!, me dijo! ¡Propia para un cuadro! ¡Yo estaba destinada á servir de modelo, señorito Jorge, ya lo ve usted! ¡Oh! *El* sentía mucho separarse de mí; bien lo eché de ver; pero fué inútil que le dijera: «Ocultame en cualquiera parte; tu Cora se hará tan pequeña, tan pequeñita, que nadie la verá.»

«Siempre me contestaba: «No;» ó bien decía: «¡No

seas estúpida! ¡Tú estás loca!»

«¡De ambas cosas se tiene un poco cuando se ama demasiado!

«Y al fin llegó el día en que el barco se le llevó. La despedida, el postrer beso, la postrera súplica al oído: «¡Me escribirás, me escribirás!» «¡Sí, sí, pequeña Cora me dijo, te escribiré!» Después, el último ademán con la mano desde el barco, donde Pedro desaparece como si le hubiese tragado un tiburón; y luego aquél se aleja más y más, hasta que sólo parece un punto negro perdido en el espacio, y al fin... ¡nada! ¡Adiós Pedro, adiós amor! ¡La pequeña Cora quedaba sola en el mundo, en aquella tierra donde ya no tenía á quien amar!

«Al pronto me dije: «Ya volverá;» y después pensé: «¡Hay quien olvidal...!» pero los días pasaban, yo no podía olvidar; y luego me ocurrió que Pedro no volvería nunca. ¡Oh! ¡Si usted supiera cuánto sufrí entonces!.. Ya no tuve gusto para nada; sentía aburrimiento y pesadez, como la de un día de tempestad en nuestra tierra, deseos de morir y accesos de tristeza.

Morir, sí, he pensado más de una vez en ello, porque era demasiado desgraciada viviendo sin él. Después cruzó por mi mente una idea, idea loca, idea fija, la de encontrarle, la de ir á Francia, puesto que él estaba allí. Y cuarto á cuarto, trabajando como podía en la confección de sombreros, comencé á economizar para obtener mi pasaje en el vapor que presta el servicio hasta Marsella. ¡Oh! Iría en tercera clase, con los fardos y los pobres. ¿Qué me importaba esto á mí?

«Yo me decía: «¡La infantería de marina está en París, y por lo tanto, allí le encontraré!» ¡Es cosa de reirse! ¿Y sabe usted dónde confiaba yo encontrar á Pedro? Pues en la plaza mayor. Sí, yo me representaba este París como un pueblo grande, donde había, lo mismo que en los de mi país, una plaza principal en la que tenían el mercado y banda de música y donde la gente se reunía.

«Cuando repetía en el barco: «Voy á buscar á uno en la gran plaza de París,» todos se reían de mí, y creían que me chanceaba; pero yo les dejaba reír. Tenía mi idea; veía desde lejos aquella plaza, y á Pedro paseándose con el sable al costado y su gracioso casco de lienzo blanco.

«Y he aquí cómo he venido á París, sin detenerme ni un solo día en Marsella; llegué aquí á toda prisa, y en el pequeño hotel, cerca de Mazas, donde me había apeado con mi pobre equipaje en la mano, tomé el primer informe. «Tengan ustedes la bondad de indicarme, dije, dónde está la plaza grande...»

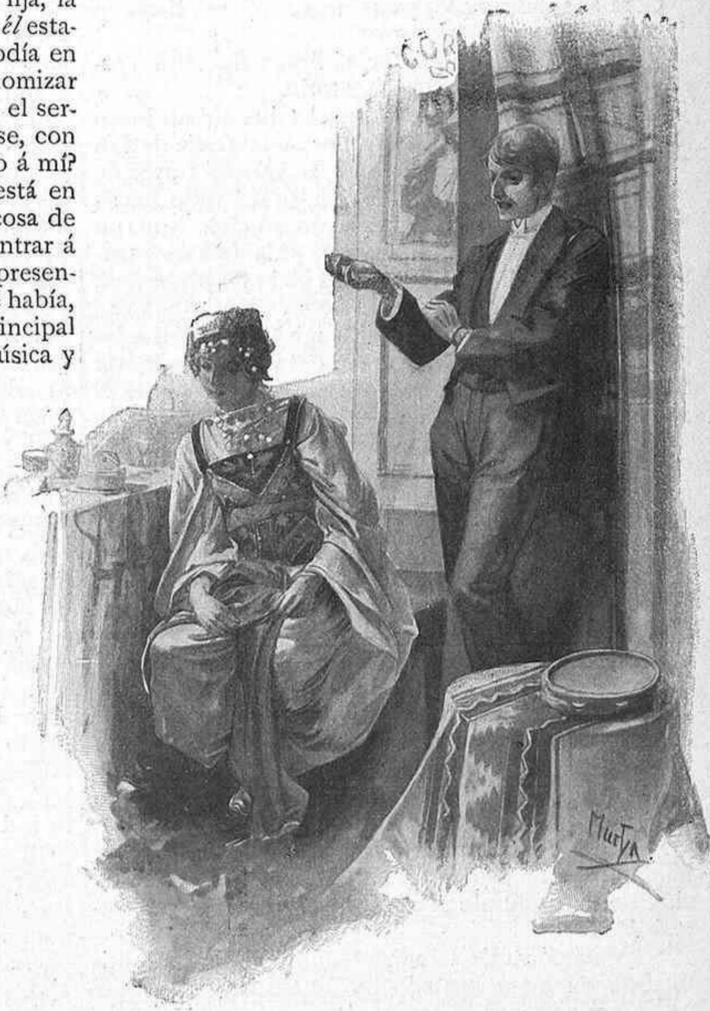
«Sin duda adivina usted cómo abrían los ojos la dueña y sus camareros. ¿La plaza grande? ¡Oh! Había varias. La plaza de la Concordia, la plaza Real, la de la Magdalena, la de la República..., y otras. ¡Tantas casas y plazas, y todas aquellas calles y *boulevards!* ¡Ahora me daba miedo París! ¿Dónde había venido yo, Dios mío? ¿Cómo encontrar á Pedro en aquel pueblo que era un mundo?

«Iba de un lado á otro, buscaba, buscaba preguntando á todo el mundo, y veía que me hacían muy poco caso. En el ministerio me dijeron: «¿Conoce usted los nombres y apellidos y los servicios de ese Pedro?» No, yo no tenía ningún dato; le llamaba Pedro y le amaba, y esto era todo cuanto yo sabía. Me había presentado en las oficinas, en el cuartel mismo; pero me recibieron tan mal, que no me atreví á volver... No, nunca he vuelto... Cuando quería interrogar en la calle á los de las charreteras amarillas, se reían ó querían burlarse de mí, lo cual es peor... Entonces me dije: «¡Esperemos; confía en la casualidad, pobre Cora!» Esto parece una tontería, una locura. ¿No es verdad? Pues bien: es cierto; yo me había lanzado en este París ignorante de todo y sin tener en el bolsillo más que sesenta y cinco francos, que desaparecían rápidamente...

«¡Ah! Cuando volvía por la noche á la calle de Lyon, á mi pequeño aposento, tan triste y con el papel de las paredes desgarrado, echaba de menos con frecuencia la Reunión, y hasta Tamatave, y lloraba. Pero al fin, enjugando mis lágrimas, me decía: «No importa, Cora, bien has hecho en venir, pues ya le encontrarás. En medio de esa gente que pasa, ya le hallarás un día ú otro. ¡Valor, hija mía!» Y no me faltaba valor. Entre aquella multitud, en la que no conocía á nadie, comparábame yo con un guijarro caído en el mar. ¿Y cómo vivir cuando hubiera gastado el último cuarto? No sabía yo hacer sombreros tan bonitos como los que llamaban mi atención cuando pasaba por delante de las tiendas. Por otra parte, el barrio en que vivía me daba miedo por la noche, pues cuando ya anochecido volvía á mi domicilio, siempre encontraba paseantes que al verme pasar por delante de un farol de gas me decían con un tono que me alarmaba mucho: «¡Adiós, negrilla!», ó bien: «¡Eh, grano de café!.. ¡Y es guapilla!»

«No encontrando á Pedro ni en la gran plaza ni en ninguna otra parte, ya comprenderá usted que llegué así á no tener ya con qué pagar mi habitación, y á preguntarme cómo comería al día siguiente, y si no sería mejor arrojarme al agua apenas llegase la noche. Sí, señorito Jorge, á este punto había llegado. Se lo dije á la patrona, excusándome de no pagar mi cuenta, y le rogué que me concediese un plazo. Añadí que me presentaría á todas las modistas, y que seguramente encontraría trabajo, porque no dejaba yo de ser hábil; pero en cuanto á irme de París sin haber vuelto á verle, esto de ningún modo; no lo haría. ¡Ah, por nada del mundo! ¡No faltaría más!

«La patrona era buena mujer; me dijo que podía contar con ella, y que trataría de obtener para mí una colocación. En efecto, á ella debí no haberme muerto de hambre; pero ¿cómo?.. Voy á decirselo. Entre sus inquilinos contábase un antiguo director del teatro de Cherchell, ó de Blidah, ó de Biskra...



Resignémonos, hija mía, y tengamos fe en el arte

en fin, no me acuerdo sino de que era una población de Argelia. Había venido á París con un cargamento de trajes árabes, de vestidos de gasa, chales, collares de zequíes, babuchas de pacotilla, y dos corpulentas judías, dos hermanas, según creo, á quienes él enseñaba en París, diciéndoles que se proponía fundar un espectáculo de conciertos argelinos, semejantes á las músicas tunecinas de la calle del Cairo... El Sr. Castelbiel buscaba local y compañía..., acababa de encontrar el primero en el barrio de San Martín; era una cervecería arruinada, y proponíase decorarla con tapices argelinos, poniendo en el fondo de la sala algunas tablas para formar estrado. En la puerta se colocaría una muestra, adornada con medias lunas y caracteres árabes, en la cual se leería: *Concierto del Profeta. Bebidas y bailes de los más escogidos*. Las dos hebreas, vistiendo el traje de su país, entonarían canciones argelinas; pero no podían bailar, porque eran demasiado obesas y macizas, ó bien bailarían mal. «¡Demasiado abdomen!», decía el Sr. Castelbiel. Entonces fué cuando el director del *Concierto del Profeta*, que me había visto subir y bajar, pensó en mí y habló á la patrona, á quien llamaban señora Souverain. En el caso de que yo quisiera trabajar en la cervecería del arrabal San Martín, me daría un duro diario, trajes á elegir; mas para esto era necesario bailar.

«Pero, señora, contesté á la señora Souverain cuando me dijo esto, yo no conozco el baile, ni he bailado en mi vida. ¡Jamás!

«El Sr. Castelbiel, repuso la patrona, pretende que no es necesario saber bailar para ejecutar la danza del vientre, pues basta hacer algunas contorsiones con el cuerpo.

«¡Pero señora, la danza del vientre!..

«¡Oh!, hija mía, replicó la señora Souverain, en el año de la Exposición estaba eso tan de moda, que todas las grandes damas del arrabal San Germán ejecutaban esa danza en sus casas para entretener á los convidados.

«Me decía todo esto, que me extrañaba un poco, é inquietábame repitiendo, lo cual era verdad, que no se encuentra fácilmente un duro diario. En esto llegó el Sr. Castelbiel, un marsellés que era todo fuego y llama, que hablaba en voz muy alta y largo tiempo.

«¿Sabe usted bien lo que yo le ofrezco, hija mía?, me dijo. No es solamente la vida asegurada, sino el primer escalón hacia la gloria. En París se llega á todo con tal que se *debute*. Usted es linda, y tiene un tipo propio..., sí, un tipo..., y ¡quién sabe si bailando en el *Concierto del Profeta*, dará usted el primer paso hacia las tablas del teatro de la Opera! María Sasse..., bien habrá usted oído hablar de María Sasse..., dejó una sala de concierto del arrabal del Temple para entrar en la Academia imperial de música, y lo mismo podría suceder con usted, ahora que es Academia nacional. (¡Oh, recuerdo muy bien cuanto me decía!) Usted asegura, añadió, que no sabe bailar; pero esto es un error..., ¡todas las mujeres saben bailar, así como todos los patos saben nadar! El baile constituye uno de los encantos de la mujer. ¿No ha ejecutado usted nunca la danza del vientre? Pues bien: hará usted como si la ejecutase, y bailará con los brazos y con los hombros, pues en usted todo estará bien. ¡Menos agradable era el aspecto de las bailarinas de la calle del Cairo! Por otra parte, ¡vestirá usted un traje tan bonito! ¡Gasa, cinturón de oro y babuchas de color de rosa! ¿Quiere usted encontrar en París á alguna persona querida? Pues precisamente este es el mejor medio de volver á verla. Sin duda ese desconocido ama el arte, y cuando vea anunciada la inauguración del *Concierto del Profeta* ¿quién nos dice que no vendrá al arrabal de San Martín? ¿Y cómo ha de saber él que usted se halla en París? ¡Es buscar la aguja en un pajar! Pero si él lee en un cartel, en grandes letras: *Debut de la señorita Cora Berthier, bailarina oriental...*, digo *oriental* para no engañar al público, porque usted es *oriental* y no argelina, como Fatma y Medjé...; si lee ese cartel, repito, ¡pardiez, acudirá presurosamente! En cuanto la vea aplaude, salta al estrado, la abraza á usted, y ya no necesita buscarle más.

«¡En verdad que me resuenan en el oído todas esas palabras del Sr. Castelbiel como si las estuviese oyendo aún! ¡Ah, qué lengua de miel! La idea de que es-



La bailarina de Egipto ejecutaba aquella danza de la calle del Cairo

tampando mi nombre en un cartel podría ver otra vez á Pedro y llamar su atención, se antepuso en mí á todo y me hizo acceder á las pretensiones del señor Castelbiel. «Bailaré me dije, me adornaré el cabello con zequíes, y dejaré ver mis brazos desnudos bajo la gasa!» Y bailé. Parece que el Sr. Castelbiel tenía razón al decir que todas las mujeres bailan bien, puesto que yo no bailaba mal. Sí, bailé la danza del vientre, entre el polvo de la pequeña cervecería, con los aplausos acompañados del choque de las cucharillas en los vasos y platillos. Y pasé las noches respirando aquel aire cálido, impregnado del humo de tabaco, que me atacaba la garganta, haciéndome toser y mirando siempre la multitud desde lo alto de mi estrado, para ver á través de la bruma y el polvo si habría venido él, atraído por el magnífico anuncio en que se leía mi nombre impreso con grandes letras, y si descubriría entre todos aquellos rostros desconocidos el de mi amado Pedro. ¡Ah! Bien podía buscarle, mirar un semblante tras otro... ¡Nunca he vuelto á verle, nunca! Por otra parte, si hubiese venido, si hubiese estado allí, no habría yo necesitado esperar para verle, porque hubiera adivinado su presencia con el corazón, si no con los ojos. Toda hubiera sido suya.

«Pero no: la danza del vientre, los tambores que Fatma y Medjé tocaban, y las canciones de Argel acompañando mis descarados movimientos; á esto se redujo todo, sin que jamás viese á Pedro. Y todas las noches volvía á la pequeña habitación que había alquilado en el arrabal de San Martín, más triste que cuando estaba en el hotel de la calle de Lyon, adonde iba aún muy á menudo para preguntar á la señora Souverain si habría ido por casualidad alguien á preguntar por mí.

«Comprenderá usted que yo no era feliz. Aquel oficio de saltimbanqui me disgustaba; pero ¿qué quiere usted?, es preciso vivir. Así me decía un antiguo cómico, M. Brichanteau, á quien el Sr. Castelbiel había contratado, y que recitaba poesías entre dos de nuestras danzas.

«Ese es el problema, decíame Brichanteau. ¡Durar, hija mía, es preciso durar, pues cuando se dura, al fin se encuentra la compensación! Usted la tendrá, que es joven, y yo también, aunque soy viejo. Advierta usted que yo he representado tragedias con la Rachel en América, yo, cuando era todavía un muchacho; piense también que soy discípulo y émulo de Beauvallet, y que mi profesor estaba envidioso de mí; y ahora, como puede ver, recito versos en un café cantante, fiel á Corneille hasta en un zaquizamí. ¡Resignémonos, hija mía, tengamos paciencia y fe en el arte, porque el porvenir es nuestro!

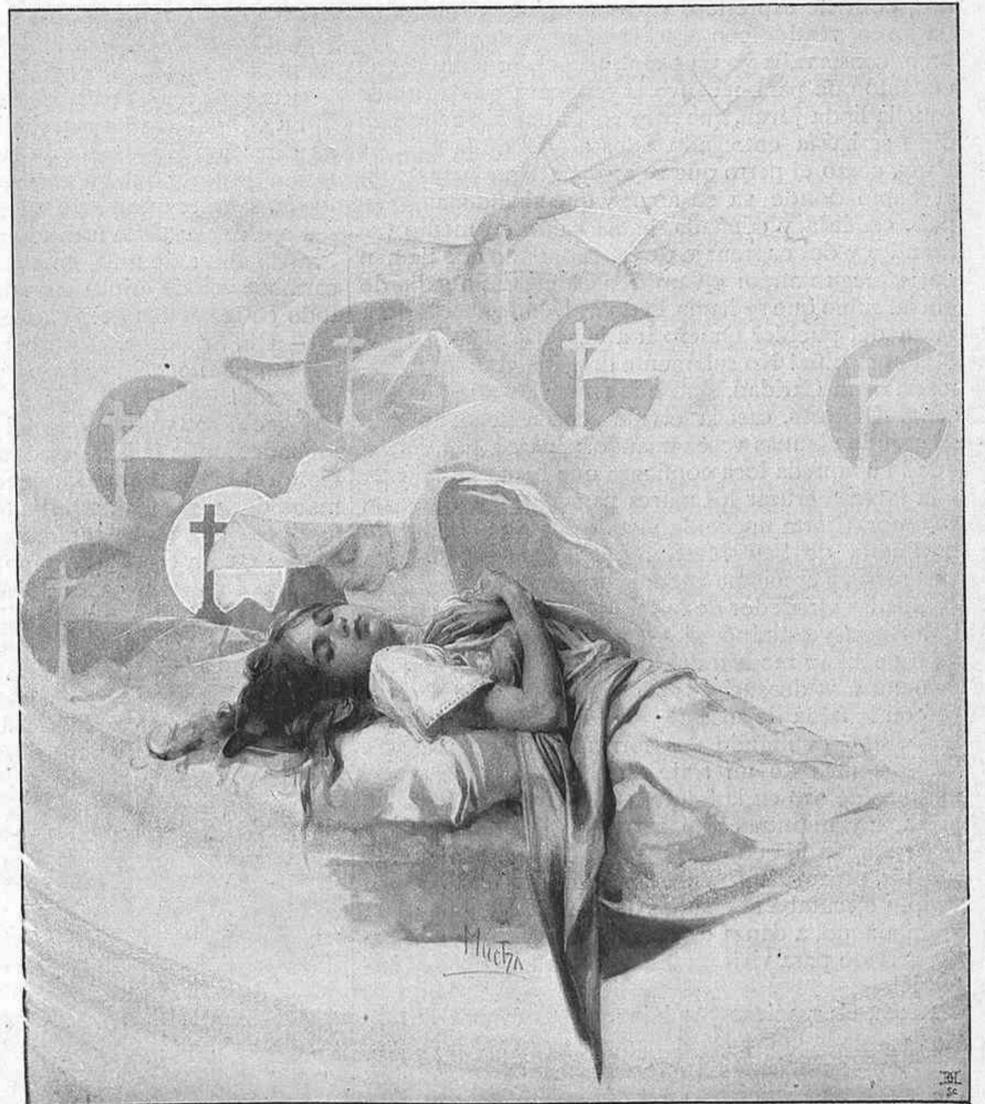
«Y como yo le contestase que el arte no me importaba, y que la danza del vientre no era mi oficio, repuso — porque ya le había referido yo mi historia:

«¡Pues bien: ya obtendrá usted la recompensa y el desquite, exactamente como yo, usted á los diez y ocho años y yo á los sesenta! ¡Para mí la gloria, y para usted el amor!

«¡Pobre Sr. Brichanteau, tan bueno y tan paternal! «Usted vale más que eso, decíame..., como yo; pero somos víctimas del destino. Usted ridiculiza su belleza haciendo contorsiones; yo sirvo á la musa en vez de ambrosía vasos de cerveza!»

«El buen hombre me hacía sonreír, pero sin burlarme de él, pues me consolaba.

«Y así pasaban los días y los meses, que me parecían interminables, y pasaban como si hubiese soñado: el tiempo se deslizaba lentamente, pero á veces parecíame que corría con mucha rapidez. El *Concierto del Profeta* no tuvo buen éxito, y el establecimiento hubo de cerrarse. El Sr. Castelbiel, marchó no sé adónde, dejando á las dos judías en la calle, sin contar al Sr. Brichanteau, que refugiándose donde pudo, entró de comparsa en el Ambigú, según creo. A Medjé, á Fatma y á mí nos ofrecieron contrata para bailar en el *Moulin Rouge*, pero siempre la danza del vientre, en el interior de un gran elefante, de un elefante monstruo, comprado en un establecimiento, el *Pais de las hadas*, que no había tenido buen éxito durante la Exposición. Allí fué donde usted me vió, señorito Jorge, á mí, que bailaba siempre — esta vez en el vientre de un elefante — esperando siempre á ver si él vendría y me sería dado reconocerle... ¡Ah! Ya desesperaba de todo cuando usted me encontró! Por una parte, enferma, aquejada de una mala tos,



¡Duerme en paz, pobre Cora, duerme en paz!

cogida allá en el *Concierto del Profeta...*; y por otra, cansada de bailar continuamente al son del mismo tamboril de aquellas dos corpulentas y estúpidas judías... He aquí por qué cuando usted me propuso servirle de modelo, esto me complació mucho, como usted pudo ver, porque el cambio era ventajoso para mí, pues podía respirar otro aire en vez del que me ahogaba allí abajo. Además, yo tengo un mal aquí en el pecho, cual si me quemase alguna cosa; no me agrada el invierno ni la niebla de París, y necesito sol..., ya comprenderá usted. El calor de su estufa es bueno al parecer, y á mí me calienta la espalda, pero en cambio me escuece la garganta. Yo quisiera que el invierno hubiese terminado para ir á tomar el sol al campo, aunque el sol de Francia es muy pobre en comparación del nuestro. ¡Ah! ¡El sol, cualquiera que sea, ansío disfrutar de él, y le necesito!

Y mientras que la pequeña Cora hablaba, sus ojos, sus grandes ojos negros, velados por una especie de angustiosa languidez, animábanse y brillaban. La esperanza de ver otra vez el sol inflamábalos, como si la idea misma de aquel sol, de su calor y de su claridad se relacionara con la imagen del oficial desaparecido, de aquel Pedro tan dulce y tan amado en otro tiempo allá abajo, mas allá del mar inmenso...

Después, con una sonrisa de niña, y moviendo su graciosa cabeza de criolla, delicada y presa de la anemia, Cora expresó un deseo infantil.

— ¡Oh!, dijo. Yo quisiera también otra cosa, y le repetiré á usted que lo deseo de todas veras, y es mi retrato con el traje de hermana de la Caridad. ¡Ser hermana de los pobres..., cómo me hubiera agrado esto!

— Pues tendrá usted el retrato con la toca blanca, pequeña Cora.

— ¿De veras?

Y palmoreaba con alegría, como una criatura á quien se hubiese prometido un juguete.

— Sí, le tendrá usted.

— Bien mirado, ¡qué rarezas tenemos unos y otros!, repuso la joven, volviendo á tomar su expresión melancólica. Yo no volveré á ver más á Pedro, porque seguramente no le encontraré. Pues bien: la idea de ser hermana de la Caridad me consuela mucho. Allá en mi país había hermanas de la Caridad que cuidaban á los soldados franceses cuando morían de una insolación, de un cólico ó de un balazo, y á mí me parecerá que yo soy quien le cuida.

### III

De la graciosa Cora, con su pequeño cuerpo de formas delicadas y exquisitas, con sus ojos profundos, de triste expresión, y con su dulce voz; de aquella joven, vestida con el traje de seda de alguna hebra, conservaba yo un tierno recuerdo: tanto era el encanto que para mí tuvo la resignación fatalista de aquella linda joven, que para encontrar al amigo perdido se había entregado á los azares de la vida de París, como el perro que se arroja al agua para seguir al barco donde va su amo; y que abandonando su país, cándida y confiada, había caído en medio del tumulto y del engranaje de ese monstruo que llaman París, preguntando: «¿Conocen ustedes á un gallardo oficial rubio que se llama Pedro? ¿Dónde está la gran plaza del pueblo? Quiero ir á buscarle allí.»

¡Pobre niña! No solamente deseaba el traje de hermana de la Caridad, sino que tenía la vocación para serlo. Después, casi la olvidé poco á poco, aunque sonriendo algunas veces cuando pensaba por casualidad en aquella loca confianza que había impulsado á la joven á cruzar los mares para correr en pos de su amor. Cierta noche, habiendo ido yo al teatro de la Puerta de San Martín, donde se representaba *Cleopatra*, parecióme reconocer entre las esclavas agrupadas alrededor de la reina, echada con perezosa indolencia y estirándose como una serpiente al sol, á mi pequeño modelo del taller, y mirándola con los gemelos más despacio, vi que en efecto era Cora, no ya con la falda de seda rayada, que en otro tiempo lucía, sino ocultando sus formas bajo los pliegues transparentes de un traje de bailarina egipcia, con adornos de oro en la frente, en las muñecas y en los tobillos; y mientras que la reina, lánguida, con su triste mirada fija en un cielo azul como una bandada de ibis, proseguía en su meditación, la bailarina de Egipto ejecutaba al compás de una música monótona y lenta aquella danza de la calle del Cairo que le había servido para vivir en la ahumada taberna de Castelbiel.

¡Cora, el gracioso modelo que tenía por antojo verse pintada como hermana de la Caridad! En aquel momento parecíame completamente transformada; su color moreno, iluminado por la luz pálida de las candelas, y las contorsiones de su delicado cuerpo de criolla, comunicábanle en realidad el aspecto de una

bailarina de Egipto á los ojos del público que había acudido allí, y que sin duda no podía sospechar la novela de amor que contristaba á la pálida joven, haciendo latir su pequeño corazón de niña bajo la gasa y las mallas del traje.

Y yo me decía:

«¡Bah! Ahora, lanzada en la vida de París, cogida entre los bastidores del teatro, la pequeña Cora olvidará, y ¡adiós el amigo Pedro!»

Cora no era ya sin duda la pequeña ignorante que había desembarcado en la gran ciudad para buscar á su querido Pedro; era la bailarina aplaudida de *Cleopatra*, y tal vez algún día veríamos su retrato fotográfico en los escaparates de una tienda.

Transcurrieron meses y meses, y yo había olvidado ya á la pequeña bailarina, cuando una carta vino á recordármela, carta conmovedora y triste, escrita por la joven en tono de dulce súplica. Me pedía una apostilla para una solicitud al ministro de Marina.

Enferma del pecho, decía, la muerte en París infundíale espanto, deseaba volver á la Reunión, ver otra vez su tierra, su cielo, el sol de otro tiempo, y con él recobrar la vida. Ya tenía bastante de aquel París que la mataba, y espantábale la miseria y lo que lleva consigo. ¡Marchar! Ahora tenía tanto empeño y ansiedad por alejarse como antes tuvo para ir á buscar á Pedro; mas para irse necesitaba dinero. Horrorizábale la idea de embarcarse con aquella tos que la minaba y ese malestar que sentía por todo el cuerpo, en el entrepuente sofocante del buque. Solicitaba del ministro que se la condujese á su país, concediéndole además la gracia de no señalarle tercera clase, para que pudiera aspirar el aire libre del mar, contemplando la noche y las estrellas...

El vapor debía salir de Marsella el 3 de abril. Cora solicitaba ya marchar en los primeros días fríos del mes de enero, sabiendo sin duda que las contestaciones oficiales tardan mucho. La petición de la pobre joven no concernía al ministerio de Marina — así se le dijo en estilo administrativo, — y para su objeto era necesario dirigirse al señor subsecretario de Estado de las Colonias, á quien se trasladaría por lo tanto el asunto...

Tosiendo siempre en alguna triste habitación, la pobre Cora esperaba, viviendo de algunos cuartos ahorrados desde las noches de la Puerta de San Martín, y preguntábase si sus economías y sus fuerzas llegarían hasta el mes de abril, esa marcha de la primavera hacia el sol. Ya no tenía gusto para que le hicieran su retrato con la cofia blanca, vistiendo el traje de hermana de la Caridad.

— ¡No, me dijo, estoy demasiado cansada y flaca y estaría muy fea! No; le dejaré á usted mi fotografía del tiempo en que podía considerarme agraciada. Usted le pondrá la cofia blanca, haciendo el retrato de memoria... ¡Me le enviará usted allá!

¡Era muy lejos allá!

La pobre Cora ha marchado en este mes de abril en dirección al país donde su sueño nació; y el fantasma de amor que ha perseguido le encontrará allá abajo, más seguramente que en las calles fangosas del *pueblo grande*. A menudo pienso en ella, en su delicada cabeza de niña, en sus ojos pensadores, en su cariñosa voz de criolla tan sumamente dulce, y sobre todo en la súplica del pequeño modelo.

— ¡Oh, Sr. Jorge, como hermana de la Caridad!.. ¡Es tan bonito! ¡Así es como yo hubiera querido ser retratada!

Y me digo también que tal vez sobre la blanca almohada donde la linda criolla haya apoyado su graciosa cabeza, se habrá inclinado alguna toca de hermana de la Caridad, aquella toca de grandes alas de mariposa que tanto agradaba á la joven, y que una voz de mujer, tan dulce como la de Cora, habrá murmurado á su oído, cerrando sus ojos para siempre:

— ¡Duerme en paz, pobre Cora, duerme en paz!

Y la criolla se habrá dormido así bajo las alas de la cofia blanca, para soñar con el buen Pedro, á quien buscará aún en la *gran plaza* de un pueblo más grande, de ese otro mundo más vasto aún y más lleno de misterios que el nuestro..., ¡en lo infinito!

¡Sueña, sueña eternamente, pobre Cora!

## SECCIÓN CIENTÍFICA

### LA ELECTRICIDAD APLICADA Á LA AGRICULTURA

En la creencia de que ha de interesar á muchos de nuestros lectores, vamos á decir algo de un método de cultivo cuya saludable influencia sobre la vegetación ha sido objeto de comprobaciones recientes, método casi desconocido del público en general, aunque la primera idea del mismo se remonta hasta el siglo XVIII, pero que se aplica ya en Francia, Alemania, Rusia, Italia, Noruega y Canadá: nos referimos al *electro-cultivo*, ó sea la aplicación de la electricidad al desarrollo de la vegetación con el objeto de aumentar la producción de las plantas útiles.

Es evidente que la electricidad atmosférica da vida á las plantas: M. Grandeau ha colocado plantas de tabaco y de maíz en una jaula de alambre fino que las sustraía á la electricidad de la atmósfera, y las plantas se han agostado. Estos mismos vegetales cultivados al aire libre se han desarrollado admirablemente, produciendo muchos más granos y menor cantidad de materias minerales y de agua.

Se ha probado también que electrizando con una máquina de disco de cristal semillas de rábanos, espinacas y lechugas previamente humedecidas y sembrándolas en seguida, germinan en mayor número y mucho más de prisa que las no electrizadas ó electrizadas secas.

En vista de estos resultados, era natural que se ensayaran las pilas, y habiéndose utilizado tres ó cuatro elementos de pila Leclanché, cuya electricidad se distribuía en fajas de tierra por medio de dos planchas metálicas de cobre y cinc, introducidas en el suelo á profundidades variables y unidas á las pilas por medio de alambres, se han obtenido resultados contradictorios, lo cual se comprende, pues el suelo, en los diversos experimentos, ofrecía necesariamente al paso de la corriente resistencias muy variables, según el estado de humedad ó de sequedad.

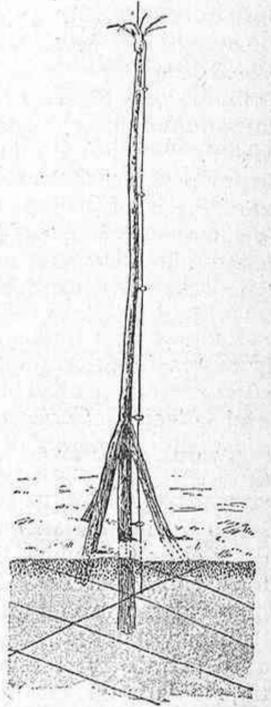


Fig. 1. — El geomagnetífero

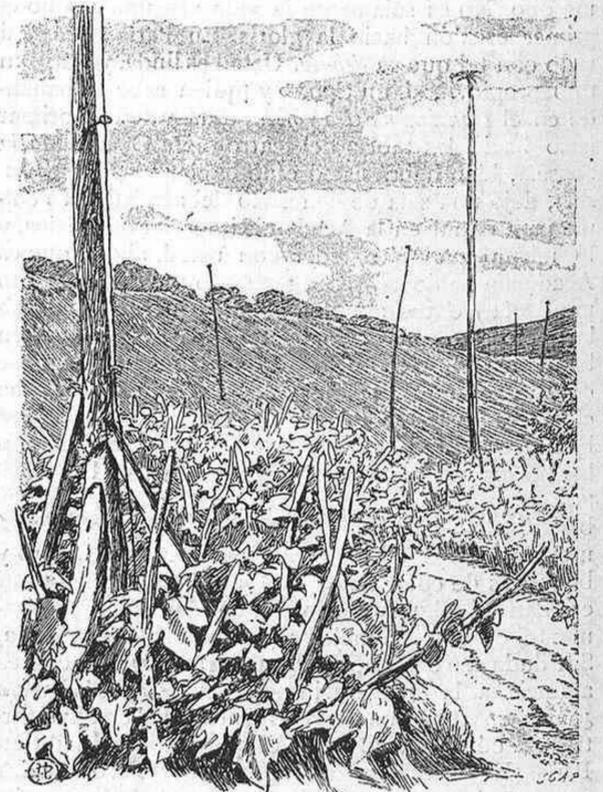


Fig. 2. — El geomagnetífero empleado para el cultivo de los viñedos

Más satisfactorios han sido los ensayos con las máquinas eléctricas cuyo polo positivo estaba en comunicación con el suelo y el positivo con una red de alambres provistos de puntas de latón dirigidas hacia la tierra y tendida por encima del campo: las máquinas funcionaban diez y ocho horas al día, permane-

Jules Claretie  
2 Octubre 1894

ciendo sin funcionar durante las horas fuertes del sol. Con este procedimiento se consiguió que una plantación de fresas madurara con excepcional precocidad.

Los experimentos hechos con generadores de electricidad artificiales son caros, así es que se ha pensado en utilizar la electricidad atmosférica por medio del geomagnetífero (fig. 1): es éste un aparato de fácil instalación, consistente en un palo resinoso de 12 á 20 metros de altura (cuanto más alto mejor), terminado en una varita de metal, de la que está aislado por un aislador de porcelana: en éste hay atornillada una escobilla metálica de cinco brizas de cobre encarnado que recoge la electricidad y la envía al distribuidor por medio de un alambre de hierro galvanizado mantenido á lo largo del palo por aisladores de porcelana. Este alambre penetra en la tierra y comunica con otro alambre del mismo diámetro, de donde parten, á intervalos de dos metros y perpendicularmente á aquél, otros alambres de menos diámetro que distribuyen el fluido eléctrico por la tierra y por las raíces. Hecha esta prueba, se ha compro-

bado que en el espacio sometido á la influencia eléctrica, la producción de patatas ha sido de 28.000 kilogramos por hectárea, al paso que en el resto del terreno la producción no pasaba de 18.700. El mosto de la uva sometido á la acción del geomagnetífero (fig. 2) ha producido una mayor proporción de azúcar y alcohol.

Es indudable que la electricidad, al modificar la acción química debe influir grandemente en la sazón de las frutas y de las legumbres y también en el perfume de las flores: no se sabe de una manera ni siquiera aproximada cómo obra la electricidad en tales casos, pero su influencia es evidente.

\*\*

LA ELECTRICIDAD EN EL JAPÓN

La guerra chino-japonesa ha puesto de moda á aquellas dos naciones asiáticas, y las victorias del Japón, atribuidas á sus progresos y adelantos, dan carácter de actualidad á las noticias siguientes:

Los progresos de la telegrafía en el Japón han sido tan rápidos, que á pesar de no haberse inaugurado allí el telégrafo hasta 1870, cuenta hoy con una red de 48.000 kilómetros de desarrollo. En estas líneas están incluidos varios cables submarinos de diferentes longitudes, uno de los cuales y de los más largos es el que une á Niphong, isla principal, con la de Tsu-Shima, situada á la mitad de la distancia que separa el Japón de Corea.

Varios de los barcos de la armada japonesa disponen de alumbrado eléctrico, y en las últimas batallas navales han demostrado su habilidad en el manejo de los reflectores y se ha patentizado la eficacia de estos últimos.

El teléfono ha sido acogido con entusiasmo en el Japón: en Yedo, la policía y el cuerpo de bomberos disponen de una red telefónica perfectamente organizada.

Respecto al alumbrado eléctrico, no sólo existen en el Japón estaciones centrales productoras de fluido y las redes consiguientes, sino hasta fábricas de material eléctrico perfeccionado. - X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21.

# VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA  
preparado con bismuto  
por Ch. Fay, perfumista  
9, Rue de la Paix, PARIS

**PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
CIGARROS  
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE UN BARRAL  
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos  
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
78, Faub. Saint-Denis  
PARIS  
y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTITION**  
FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.  
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**PUREZA DEL CUTIS**  
en París  
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEPÉLICA**  
para ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARFOLLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOGES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES  
&  
y conserva el cutis limpio y terso  
GARNIER & Co. 24 St-Jacques, 18

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT**  
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias  
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores  
Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el  
año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base  
de goma y de abacoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como  
mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia  
contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

**QUINA ANTI-DIABÉTICA ROCHER**  
FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos  
contra 8 fr. - Depósito **ROCHER, Farmacéutico,**  
112, Rue de Turenne, PARIS, y FARMACIAS.  
Envío gratis y franco de un estudio interesante  
indicando causas y consecuencias de la **DIABETIS.**  
EN BARCELONA: SRES. VICENTE FERRER Y C.<sup>a</sup>

**CEREBRINA**  
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS  
**JAQUECAS y NEURALGIAS**  
Suprime los Cólicos periódicos  
E. FOURNIER Farm<sup>a</sup> 114, Rue de Provence, en PARIS  
la MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias  
Desconfiar de las Imitaciones.



**CYCLES IMPERATOR**  
DUGOUR Y C.<sup>a</sup> Constr.  
81, Faubourg, Saint-Denis, en París  
Velocípedos de precisión  
Excelentes neumáticos. Fr. 225  
Catálogo gratis. - Exportación

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK**  
Estreñimiento,  
Jaqueca,  
Malestar, Pesadez gástrica,  
Congestiones  
curados ó prevenidos.  
(Rótulo adjunto en 4 colores)  
PARIS: Farmacia LEROY  
Y en todas las Farmacias.



**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**Pepsina Boudault**  
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART, EN 1856  
Medallas en las Exposiciones Internacionales de  
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
1867 1872 1873 1876 1878  
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
**GASTRITIS - GASTRALCIAS**  
**DIGESTION LENTAS y PENOSAS**  
**FALTA DE APETITO**  
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**  
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
y en las principales farmacias.

**Pildoras y Jarabe de BLANCARD**  
Solucion **BLANCARD**  
y  
**Comprimidos de Exalgina**  
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS  
DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.  
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.  
**CONTRA EL DOLOR**  
Exíjase la Firma y el Sello de Garantía. - Venta al por mayor: París, 40, r. Bonaparte.

**REMEDIO de ABISINIA EXIBARD**  
En Polvos y Cigarrillos  
Alivia y cura CATARRO,  
BRONQUITIS,  
OPRESION  
**ASMA**  
y toda afección  
Espasmódica  
de las vías respiratorias.  
25 años de éxito. Med. Oro y Plata.  
J. FERRÉ y C.<sup>a</sup>, Pcos. 102, R. Richelieu, París.

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**  
con BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendados contra las Afecciones del Estómago,  
Falta de Apetito, Digestiones laboriosas,  
Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;  
regularizan las Funciones del Estómago y  
de los Intestinos.  
Exíjase en el rótulo a firma de J. FAYARD.  
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
PASTILLAS de DETHAN  
Recomendadas contra los Males de la Garganta,  
Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la  
Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irrita-  
ción que produce el Tabaco, y especialmente á  
los Señs PREDICADORES, ABOGADOS,  
PROFESORES y CANTORES para facilitar la  
emisión de la voz. - Precio: 12 Rsalas.  
Exíjase en el rótulo a firma  
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

**CARNE, HIERRO y QUINA**  
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.  
**VINO FERRUGINOSO AROUD**  
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE  
**CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de éxito continuado y las afirma-  
ciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la  
Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se  
conoce para curar: la Clorosis, la Anémia, las Menstruaciones dolorosas, el  
Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones  
escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto,  
el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza,  
coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre  
empobrecida y decolorada: el **Vigor, la Coloración y la Energía vital.**  
Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm<sup>a</sup>, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS  
**EXIJASE el nombre y la firma AROUD**

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +  
**DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE** REGULARIZAN LOS MENSTRUOS  
CAPSULAS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORES, RETARDOS  
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DRUGAS

## BIBLIOTECA UNIVERSAL

## DE NOVELAS CONTEMPORÁNEAS

La excelente acogida que el público ha dispensado á la BIBLIOTECA UNIVERSAL DE NOVELAS CONTEMPORÁNEAS es la mejor prueba de que los editores de ésta no se equivocaron al suponer que tal publicación vendría á llenar una necesidad hace tiempo sentida por infinidad de personas aficionadas á la buena literatura y deseosas de leer obras que, además de ser interesantes, ofrecieran la seguridad de estar ajustadas á la moral más intachable.

Inaugurada la sección española con la preciosa novela *Sor Clemencia*, de D. Enrique Pérez Escribá, hacíase preciso proceder con sumo cuidado en la elección de la obra con que debía comenzar la sección extranjera, á fin de que resultara compañera digna de aquella joya del más popular de nuestros novelistas.

*La segunda esposa*, de Eugenia Marlitt, llena cumplidamente este objeto, y tiene por otra parte la ventaja de pertenecer á una literatura poco conocida en nuestra patria.

Eugenia John, conocida en el mundo literario con el nombre de Eugenia Marlitt, nació en Arnstadt en 5 de diciembre de 1825, habiendo mostrado desde su niñez gran afición y excepcionales aptitudes para el canto. Su talento musical y su hermosa voz llamaron la atención de la princesa reinante Matilde de Schwarzburg-Sonderhausen, la cual la tomó como hija adoptiva cuando contaba diez y siete años, haciéndola entrar en la Escuela superior de su residencia. Terminados sus estudios en ésta, fué á perfeccionarlos en Viena, en donde permaneció tres años, y disponíase á consagrarse al teatro cuando una enfermedad en el oído la imposibilitó de continuar su carrera teatral. La princesa nombróla entonces su lectora, cargo que la obligaba á vivir en la corte y á acompañar á su protectora en sus frecuentes viajes, juntando Eugenia en aquella vida cortesana y en estas excursiones por distintos países un caudal de conocimientos y de observaciones que explican la variedad de caracteres y de costumbres que tan magistralmente había de pintar más tarde en sus novelas. En 1863 abandonó la corte y se retiró para siempre á su villa natal, en donde falleció en 1887.

En su apacible retiro de Arnstadt comenzó sus trabajos literarios, que fueron aceptados desde luego por uno de los más populares semanarios alemanes y que muy pronto hicieron famoso su nombre en toda Europa, pues apenas publicados en aquel periódico eran traducidos á los principales idiomas europeos, como el francés, el italiano, el ruso, el holandés, el sueco, el dinamarqués, el polaco, el húngaro, etc.

En sus novelas júntanse el alma del poeta con el talento del observador profundo: desde las primeras páginas atraen y cautivan, y á medida que la acción se desenvuelve crece el interés de tal manera que se hace penoso interrumpir la lectura del libro una vez comenzada. Hay en ellas una mezcla armónica de poesía y de naturalismo, en la buena acepción de la palabra, que encanta, porque ni la fantasía se eleva á espacios imaginarios, ni la pintura del natural se arrastra por esos caminos que ciertos autores han emprendido, hiriendo á los lectores en sus más legítimos sentimientos y en sus aspiraciones más levantadas.

Las obras de Eugenia Marlitt, que á las citadas cualidades reúnen la de estar escritas en un lenguaje elegante y sencillo, que hace sean leídas con el mismo gusto en las moradas aristocráticas que en las viviendas más humildes, han conquistado para su autora el título de novelista predilecta del bello sexo.

De aquí la preferencia que á una de ellas, conceptuada como de las mejores, han dado los editores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL DE NOVELAS CONTEMPORÁNEAS, no siendo aventurado asegurar que á los éxitos logrados por las ediciones innumerables publicadas en los demás países de Europa podrá añadirse desde ahora el conseguido por la primera edición española de *La segunda esposa*, que aparecerá en la BIBLIOTECA profusamente ilustrada.



La célebre novelista alemana Eugenia Marlitt, autora de la novela *La segunda esposa*

## PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero.) Para los brazos, empleese el PILVORE DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

## PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 81, Rue de Selne.

### Las Personas que conocen las PILDORAS DE DEHAUT DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empesar cuantas veces sea necesario.

## Jarabe Laroze

### DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

### JARABE

## al Bromuro de Potasio

### DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Especieiones : J.-P. LAROZE & C<sup>o</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Depósito en todas las principales Boticas y Droguerías

## Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hydropeasias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

## Gragéas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

## Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.

Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris LABELONYE y C<sup>o</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

## CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

## VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los intestinos.

Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al Vino de Quina de Aroud.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm<sup>o</sup>, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria